PILAR DUGHI

LA PREMEDITACION Y EL AZAR



LIMA MCMLXXXIX

La premeditación y el azar *reúne catorce relatos en los cuales la anécdota narrada constituye una suerte de acontecimiento espiritual para los personajes que a partir de ella actúan, y también configura motivo de reflexión para el lector que, al ingresar en ese universo, accede a una lúcida opción de ser nuestra realidad contemporánea. Y es que en la casi totalidad de esos cuentos lo inesperado surge como una luz momentánea y sorpresiva, partiendo mitad por mitad lo cotidiano, hasta trocarlo en una aventura crucial. Pero, Pilar Dughi sabe que un cuento que cifra todo su mérito en el fongonazo final puede perder muy pronto su eficacia y, como advierte Borges, ser pasto de olvido, de rápido olvido. De ahí las seguridades que toma Pilar, de ahí las apoyaturas para nuevas posibilidades de significación mediante una excelente progresión de la historia y de una adecuada y bien dosificada focalización, que afianza y matizan las vías de interés del relato. La cita con estos textos de Dughi es un demorado y fascinante reto, en el que participamos sin reticencias —con riesgo cierto de nuestra conciencia— en la peripecia de seres humanos*

PILAR DUGHI

LA PREMEDITACION Y EL AZAR



EDITORIAL COLMILLO BLANCO

La premeditación y el azar / *Pilar Dughi*
Editado gracias a los auspicios del CONCYTEC
(c) De la autora
(c) Editorial Colmillo Blanco. *Colección de Arena*
Avenida Benavides 449 - 20. Miraflores
Lima, otoño de 1989

A Sebastián, mi hijo.

Mi muerte, la mía, será de piedra.
Conozco las pasarelas, los puentes giratorios,
todas las zapas de la Fatalidad. No puedo
perderme. La muerte, para acabar conmigo, tendrá
que contar con mi complicidad.

Marguerite Yourcenar

EL MENSAJE

Depositó la carta sobre la mesa y se sumergió en un mar de recuerdos apagados y distantes. Le había extrañado la letra rápida y temblorosa del mensaje recibido aquella tarde, en donde Teresa le rogaba que la buscase. ¿Para qué? no la veía desde hacía más de siete años.

Después de la muerte de Pablo, Teresa se había dedicado por completo al cuidado de su padre anciano y al de su pequeño hijo.

Una vez se cruzó con ella. La vio de espaldas pero distinguió sus pasos rápidos y sus gestos breves. Intercambiaron algunos saludos formales y mustios, y él, incómodo, había optado por invitarle un café que ella discretamente rehusó alegando una frase en relación a la tiranía del tiempo y su inevitable prisa.

Aquélla había sido la última vez. No supo más. Ocasionalmente, cuando se había encontrado con los viejos amigos comunes, trató de indagar sobre ella, pero no le daban razón alguna. Simplemente Teresa se había sepultado para el mundo. No se la veía en lugares públicos, no se le conocían acompañantes, se ignoraba todo acerca de su vida.

Un par de veces, cercano al pequeño jardín de hiedras que coronaban la entrada de la casa en donde vivía la viuda

del que había sido su mejor amigo, quiso tocar la puerta, pero luego, alzándose de hombros, se retiró.

¿Para qué interrumpir su voluntario silencio? la imaginaba prisionera de una existencia anodina, sin brillo, vencida por las labores domésticas, fatigada por los años, y sin aquella pálida sonrisa que había reflejado su rostro en las mejores épocas.

Sin embargo, y ahora lo recordaba mientras apuraba los últimos sorbos de cerveza, un extraño presagio habíase ocultado en aquel imperceptible gesto que ella hacía, depositando suavemente la barbilla sobre el pecho cuando algo le aquejaba. Manías delicadas, había pensado él en aquella época. Personalidad difícil, había comentado Pablo repetidas veces cuando se encontraban en el bar de don Julio. Pero nunca supo —ciertamente— qué significaba aquel calificativo pues Pablo solía ser parco en sus confidencias.

Se hará tarde, pensó mirando el reloj del comedor que daba las seis. Se peinó cuidadosamente y salió al frío de la noche.

La casa de Teresa era estrecha y de paredes altas, con un estilo del ochocientos cuyo descuido, notó él, ensombrecía la entrada protegida por una reja.

La puerta se abrió y apareció ella con la recordada sonrisa inefable y el cabello largo, como siempre.

El interior, no había sido alterado. Quizás algunas macetas que antes no estaban, quizás el plato de cerámica colgado de la pared, pequeños detalles que no impidieron que una conocida corriente de nostalgia lo invadiera.

Ambos conversaron sobre la universidad y los lejanos años. Teresa hablaba sonriente. Una suave armonía teñía

sus palabras; se la veía alegre, satisfecha, casi verborreica. El miraba impaciente el reloj. Las ocho. Temía tocar el punto. Temía que algo sombrío velara el encuentro. ¿Cuál habría sido la urgencia? Entonces ella adivinó su inquietud.

—No tardará en llegar. El usualmente no sale los domingos, pero tuvo que atender el negocio. Algo importante querrá decirte.

¿Quién? pensó él.

—Tú sabes que el negocio no anda bien. En esta última época nadie quiere comprar zapatos a la medida. Nuestro mercado siempre fue reducido. Al principio teníamos tanto éxito, ¿Recuerdas?

Recordó vagamente que el extinto Pablo tenía una pequeña zapatería. ¿Quién dirigirá ahora el negocio? pensó. Trató de hacer memoria y recordó también que la tienda había cerrado a su muerte.

—¿Han vuelto a abrir el negocio? —preguntó— ¿Quién lo atiende? ¿Tu padre?

—No. El está muy viejito, casi ciego, casi ni come. Pero, ¿por qué preguntas eso?

El sonrió. Había pasado tanto tiempo y sin embargo Teresa aparecía ahora hermosa en aquella penumbra quieta, con la belleza que otorgan los años a las mujeres cuajadas.

—¿Y qué ha sido de tu vida? —preguntó esta vez apremiado, recordando la nota recibida aquel día.

—Todo bien. Gracias a Pablo que siempre es un buen padre, el niño está adelantado en la escuela.

¿Pablo? temió una imprudencia. ¿Se habría vuelto a casar? buscó disimuladamente en los dedos largos y delgados algún anillo. Qué torpe, no era necesario, tendría un amigo, un novio.

—No sabía que te habías emparejado de nuevo —comentó él.

—¿Yo? —preguntó ella haciendo aquel antiguo gesto que él ya conocía. Manías delicadas, pensó.

—No te entiendo, querido —ella dirigió una mirada curiosa— ¿Y tu trabajo en el periódico? Pablo me cuenta que es un ritmo intenso, quizás no duermes lo suficiente.

Pobre, pensó. Entonces se explicaba aquella alegría inapropiada. Distinguió algunas arruguillas en el rostro femenino. Estaba envejeciendo. Se había hundido en una soledad malsana; tal vez estaba empezando a desvariar en aquella casita poblada de fantasmas, sin salir a la calle, era comprensible.

—Es cierto, he sufrido de insomnio —contestó él.

—Se te ve algo cansado. Pablo dice que uno debe vivir con disciplina. Cuando uno la pierde, surgen las dificultades. ¿Y para qué estamos los amigos? Para prevenirnos, a veces en forma urgente —señaló ella con firmeza.

Las mismas palabras, Pablo dice, Pablo piensa, todo lo hacía él. Siempre había criticado eso de Teresa, su sometimiento, su incapacidad para ser creativa. Y ahora, ese defecto la había atrapado. Arrojada en un mundo hostil, sola, con un hijo, con un padre anciano y con los escasos recursos que le había dejado Pablo, ¿cómo habría podido sobrevivir? sintió un gusanillo interno, como un pesado remordimiento.

—Teresa —exclamó anonadado— Creo que un médico o una persona especializada puede ser útil en estas circunstancias.

—Sí, pienso que todos necesitamos de ellos alguna vez —respondió ella suspirando—. A veces uno se siente confuso y los amigos no son suficientes.

—No, no lo son —contestó él sorprendido por la agilidad de la respuesta. Notó de pronto una dirección oblicua en las pupilas de Teresa. Sobrecogido, se imaginó que aquello podría ser el primer signo premonitorio de locura.

—Se te ve delgado.

—Sí, vivo solo. Cuando uno no hace vida de familia, relega un poco la comida a segundo plano.

La miró tristemente. Se empecinó en afirmar la irrecuperable imagen del pasado; pensó que ella aún era joven, que sus movimientos no habían perdido cierta frescura y sutileza, que podría ser rescatada de aquella insania. Pobre niño, ¿cómo lo estaría pasando?

—La gente dice que no tienes al lado tuyo un confidente que te muestre las cosas como ante un espejo, y te advierta de esta forma sobre lo que te ocurre. Esas fantasías pueden encaminarte hacia... —continuó ella con aquella mirada oblicua mientras su voz se perdía como un eco lejano.

¿Qué decía aquella mujer? eso sí era un desvarío completo. El marido muerto, y ahora, refiriéndose a él como si... pobrecilla.

Escuchó claramente un chirrido en la reja de la entrada. Tuvo de pronto un sobresalto.

El rostro de Pablo, imperturbable, apareció en el marco de la puerta.

LA NOCHE DE WALPURGIS

La primera vez que escuché la historia, fue en la casa de Santa Beatriz por boca de Ernestina Ruiz Perla, hermana de Agustín Beingolea de Huánuco, de quien se decía había poseído la hacienda más grande y rica del departamento; mujer leída, de conversación apasionada y cautivante, amante de los gatos y dueña de un bastón engastado con un pequeño manguito de bronce que estimulaba mi curiosidad, en esa tarde infantil cuya fecha ya no recuerdo. Todavía veo el patio de losetas rojas, los pañales colgados del tendero, las mujeres tomando el té y yo ahí, con esa sensación que me estremeciera de pavor y que no podré olvidar, tal vez por mi corta edad y por la naturaleza atroz del suceso que se contaba. Años más tarde, cuando era estudiante universitaria, oí por segunda vez la versión en casa de Laura Kalkstein, con quien me ligaba una particular amistad, sellada por el vínculo tácito y secreto que generó la muerte del hombre al que ambas habíamos amado. Ella acababa de dar a luz y divagaba, con cierto desenfado —propio de aquellos tiempos en que aún creíamos ciegamente que la sabiduría era tributaria del conocimiento y que los horrores podían ser exterminados por las revoluciones— entre las tareas políticas de una militancia exigente y las demandas propias de sus nuevas responsabilidades filiales. No quería dejar a su hijo en manos extrañas. Y no faltaban los antecedentes malévolos y peligrosos que la chismografía limeña refería a empleadas domésticas, quienes en la sole-

dad de una casa eran capaces de las acciones más crueles con los lactantes desvalidos, víctimas del descuido de sus madres.

El hecho en cuestión —en realidad, uno de tantos, quizás sí, el más salvaje— había ocurrido en Lima en mil novecientos cincuenta y ocho. Laura afirmó haber leído la noticia publicada en la revista Caretas, ejemplar que tenía, con toda seguridad, en algún lugar de la casa. Una pareja de jóvenes padres dejan a su único hijo, de cuatro meses, en manos de una empleada y salen a un festejo nocturno. La fámula, joven y algo inquieta, tiene satisfactorias recomendaciones proporcionadas por una agencia de empleos. A su regreso, son sorprendidos por el ambiente de la casa: inicialmente lo que les llama la atención es que todas las luces están encendidas. La música los ensordece. La vajilla dispuesta para numerosos comensales. "Pasen, la fiesta empieza", dice la criada que los espera sonriente. Atónitos e intrigados, ingresan a la estancia. En el centro de la mesa, en medio de una gran fuente rodeada de manzanas, el bebé asado en el horno es el macabro hallazgo. La madre enloquece en el acto. El marido abrumado por la tragedia se arroja sobre el cuello de la infeliz y la estrangula. Que la empleada vestía un uniforme almidonado y lucía una mueca siniestra. Que la desgracia había ocurrido en un edificio de la Av. Brasil —la mayoría de las versiones coincidían en que el hecho había tenido lugar en Magdalena Vieja— se señalaba también que el niño no habría sido asado, según la explicación que dio la dueña de una peluquería (quien afirmó haber leído el reportaje en el periódico El Comercio), sino ahogado bajo un almohadón porque lloraba desafortunadamente. En otras alusiones que hube de escuchar sucesivamente en años siguientes, supe que el padre mató de un tiro a la muchacha y luego se suicidó de un balazo en la cabeza. Ahora pienso que la historia, indudablemente, no había ocurrido nunca y era sólo un motivo de

entretenimiento para el ocio enriquecido por la imaginación fantástica y la morbosidad colectiva. Sin embargo, he de reconocer, quizás por esta carga extenuante de rigurosidad científica a la que a veces nos entregamos con fervor en la formación universitaria, que algunos estudiosos del mito cotidiano como Greenson (discípulo australiano de Agnes Heller), autor de una de las reflexiones más completas en antropología comparada de sociedades orientales, prueban que es posible la difusión del mito si éste, además de comprometer fibras profundas de la sensibilidad humana, posee las condiciones necesarias para ser realizado; de esta manera justifica su existencia y reproducción. Lo cierto es que algún tiempo después fui sorprendida por una lectura aparecida al azar —aunque ahora sospecho que los azares no existen y que siguen siendo inexorables premeditaciones perversas de las parcas— en un texto de Marie Langer, psicoanalista, que narra la historia acaecida en Buenos Aires en mil novecientos cuarenta y nueve. La pareja de esta versión, sale una noche al cine. Al regreso son recibidos por la empleada, quien está vestida con el traje de novia de la señora de la casa. La madre al descubrir al niño asado pierde el habla y nadie le ha oído pronunciar una sola palabra desde entonces. Aquí el padre es militar y por ello tiene un revólver a la mano. Mata a la sirvienta, huye y no se vuelven a tener noticias de él hasta la fecha. La autora señala que otras averiguaciones aportan nuevos elementos: la chica era psicótica y habría escapado poco antes de un manicomio. Se habla también de copas de oporto y botellas de champagne descorchadas. Algunos mencionan dos envases vacíos de un licor selvático, la washa, en un ángulo de la sala. El infortunado padre no sería militar sino médico. Según otros, el niño tendría seis meses. El análisis del episodio atribuye el hecho a la mitología clásica en donde las acciones canibalísticas no son extrañas y se manifiestan en héroes y divinidades. Después encontraremos interpretaciones comunes en cuentos infantiles, ogros y brujas devoradores de niños, cerditos engullidos por

lobos y otros sucesos parecidos que cualquier lector recordará sin duda. Finalmente, me dije, la historia no era ni siquiera patrimonio de esta ciudad de Lima, sino también había sido referida en Argentina y con fechas aun más antiguas y anotaciones precisas. Tampoco había mucha disonancia en la multiplicidad de las versiones, todas eran complementarias y entretejían fantasías y temores comunes a diversas poblaciones. Así, el horror inicial que descubriera mi asombro infantil había dado paso a la interpretación apaciguadora. La ignorancia es un desamparo que nos conduce al miedo, me aseguro una vez más intentando convencerme. Me aproximo. Trato de encontrar terca, desesperadamente una razón. No la hallo. Los indicios sólo me dan una espantosa respuesta. Todas las luces de la casa están encendidas.

Por qué cantáis la rosa ¡oh poetas!
Hacedla florecer en el poema.

Vicente Huidobro

EL DESAYUNO

La mujer se despertó como todas las mañanas apenas sonó el pequeño reloj despertador. Estiró pesadamente los brazos sobre las sábanas y observó el cuerpo quieto de su marido sintiendo la respiración acompasada. Se levantó sin hacer ruido y se dirigió hacia la cocina. Abrió el refrigerador, sacó mantequilla y jamonada. Las colocó sobre un azafate. Sirvió el pan de molde en una canastilla. Buscó tazas, platos y cucharas. Lo llevó todo al comedor, corrió las cortinas y preparó la mesa: dispuso las tazas y las cucharas sobre los individuales de paja.

Escuchó el ruido de la ducha. Era él, quien ya se bañaba.

Fue al dormitorio de los niños y los despertó a los dos con un beso suave en las mejillas. Sonrió contemplando los rostros infantiles sorprendidos e ingenuos.

—Levántense, es tarde —les dijo quedamente mientras los chicos empezaban a desperezarse.

Regresó a la sala, recogió el periódico por debajo de la puerta y leyó los titulares.

—Camila, ¿puedes sacar mi ropa limpia por favor? —preguntó su marido desde el baño.

Ella volvió al dormitorio. Sacó una camisa blanca, un par de medias, una casaca. Alisó el pantalón del día anterior que yacía enrollado sobre el piso. Depositó ordenadamente la ropa sobre la cama. El llegó con la piel y los cabellos húmedos.

— Todo está listo —dijo ella.

—Gracias —contestó él. Y empezó a vestirse. —¿Qué hay de desayuno?

—Jamonada —respondió ella.

—¿Todos los días jamonada? —preguntó él.

—Si quieres te hago un par de huevos.

—No, estoy apurado. Déjalo así nomás —afirmó él.

Ella vio el cuerpo desnudo y velludo a través del gran espejo del dormitorio y se estremeció ante su propia indiferencia. Durante años sus manos habían recorrido todas las superficies de aquellos músculos tersos y ya no había secreto alguno.

—¿Vendrás a almorzar? —inquirió ella.

—No, hoy día no —señaló él.

—Este viernes es el cumpleaños de Nancy. Hablé con ella por teléfono ayer. Nos ha invitado a una cena en su casa.

—Iremos —respondió él—. Como todos los años.

Como desde hace quince años, pensó ella. Y se dirigió hacia el comedor. Los chicos untaban la mantequilla en el pan. Debo arreglarme yo también para ir al trabajo, pensó. Trató de imaginarse algún vestido fresco para aquel día que mostraba un sol tan brillante despuntándose nítidamente desde las ventanas.

—Hará calor —comentó en voz alta ya en el dormitorio.

—Sí —contestó su marido sin mirarla.

El se contempló unos segundos delante del espejo y luego salió hacia el comedor.

Hasta el dormitorio llegaba el murmullo de una conversación lejana. Los cubiertos vibrando, el ruido de las tazas chocando contra los platos. Las sillas del comedor produciendo su chirrido habitual sobre el piso de madera. Sus hijos habían terminado de desayunar y se despedían del padre.

—¡Mamá! —gritó una cabecita desde el marco de la puerta.

Ella se acercó hacia ellos y les dio un beso a cada uno encima de la cabeza.

—Sean buenos y pórtense bien —les dijo— ¡Y no se muevan de la vereda hasta que llegue la camioneta! —les gritó al verlos salir.

—Me voy —le dijo su marido dándole un beso en la mejilla.

—Chau —contestó ella.

Cuando se cerró la puerta, escuchó el goteo intermitente del caño de la cocina. Sacudió los individuales y recolectó con las manos las migas de pan desperdigadas sobre la mesa. Recogió las tazas y los platos, los colocó de nuevo en el azafate y los llevó hacia el lavadero.

Se olió las manos. Olor a mantequilla, uñas brillantes de grasa.

Fue al baño y se embadurnó con jabón.

Vio el rollo de papel higiénico que dejaba caer una larga lengüeta enroscada como un acordeón sobre las losetas y un charco de orín alrededor del water. Sobre el lavatorio, la máquina de afeitar bañada con miles de pelillos nadaba entre restos de agua y dentífrico.

La toalla mojada estaba tendida sobre el piso.

Se levantó y la dobló sobre el brazo.

El había usado aseptil y un hilo rojo recorría el espejo y caía sobre las losetas blancas del baño.

Lo limpió con fiereza.

Volvió al dormitorio y se vistió.

Reparó fijamente en los pijamas tirados sobre la silla y la alfombra. La ropa de cama revuelta. El cepillo de dientes al lado de un camioncito de juguete. El cenicero coronado de colillas y cáscaras de naranja encima del televisor.

Recorrió con la mirada todo aquel espacio y sintió que algo le atenazaba el cuello.

Levantó el auricular del teléfono y marcó un número.

Esperó.

—¿Aló?

Una voz masculina le contestó.

—¿Sí?

—Alfonso, soy yo.

—Camila.

—Sí —contestó ella rápidamente— ¿tendrás tiempo esta semana para mí?

—Claro, almorcemos juntos amor, ¿puedes? —dijo él.

—Sí, hoy sí —respondió ella. Pasa a recogerme a la oficina. Tengo muchas ganas de verte.

—Yo también, Camila.

Colgó. Respiró profundamente y esbozó una larga sonrisa contemplando su vaporoso vestido veraniego.

FAMILIA

La muchacha había ingresado a la universidad y tenía diecisiete años.

Por la mañana había aspirado el aire reparando en la expansión de sus pulmones —no había ocurrido antes algo semejante—, por ello quizás sospechaba el desconcierto y la sorpresa mientras veía las partículas de polvo a tavés de la luz, esa luz que se deslizaba por el dormitorio, la primera luz en aquel día, el primer día. Hasta la mosca que zumbaba sobre su cabeza y sorteaba al peine que corría por su cabello daba saltos y se posaba, reflejándose en el espejo. ¿Antes no formaba la imagen reflejada? ¿Antes no estaba la mosca? la hubiera aplastado de un periodicazo y hubiera muerto y caído al piso. Con asco la habría empujado debajo de la cómoda y nunca más se hubiera acordado de ella. Pero ahora la veía revolotear y la miraba. La dejaba volar, blandamente, le perdonaba el zumbido. La dejaba. Como a sus piernas, que eran suaves, bronceadas y ahora las veía libres y bellas. Las reconocía, como a sus manos, sus brazos, su cuello. Como si su cuerpo que ahora vestía, fuera otro cuerpo sobre el que se pudiera trazar planes y que se dejaría conducir adonde ella lo llevara. Esa sensación no la había experimentado antes.

En el desayuno fue amable y cordial con la familia como si hubiera hecho la primera comunión o acabara de leer

El Amante de Lady Chatterley. La plenitud era la misma. Superior al día anterior, a todas las tardes, a todos los años pasados juntos.

Sintió que la trataban con respeto, ¿admiración?, como si fuera un día de cumpleaños y todas sus faltas serían perdonadas.

Al levantarse de la mesa corrió la silla y la colocó en su sitio con cuidado. Era diferente.

La casa olía a cera y las ventanas abiertas de la sala y el comedor dejaban ver arbustos y helechos que refrescaban el espacio agitando sus hojas al viento, como aquel jacarandá, que desde la calle, alto como un gigante, mecía sus ramajes cadenciosos cubriendo el paisaje con su sombra.

Era un día de verano en el mes de marzo. El sol ya no era fuerte. Se anunciaba el frío, las tardes húmedas; el otoño se estrenaba.

Se había organizado un almuerzo comprándose una enorme torta de crema chantilly y fresas como ella había querido.

Los tíos y las tías fueron invitados.

La abuela estaba sentada en un sofá grande y cómodo y miraba a la muchacha con cierta desconfianza. No se hacía muchas ilusiones con aquella nieta un poco díscola y rebelde. Tampoco se las había hecho con aquellos hijos que ahora lucían, vanidosos, sus pequeñas glorias domésticas, esos nietos con el cabello recortado como cepillo y parado como cresta de gallo. Maricas y enclenques. Eso eran. En su época estarían celebrando matrimonios y nacimientos. No esas futilezas de estudiar en la universidad como si las mujeres ya hubieran dejado de parir hijos o de darles el pecho.

El padre de la muchacha ordenó a la empleada de la casa que colocara las cervezas en el refrigerador. También tomarían whisky porque el acontecimiento era significativo. Aquella muchacha había terminado siendo capaz, a pesar de sus bajas notas y su mala conducta escolar. Ahí llegaba su hermano Perico, gordo como estaba, con la piel enrojecida y el cabello plateado. Pobre Perico. Sus hijos le habían resultado holgazanes.

Su hermana Elvira. La triste Elvira. Cinco hijos. Qué descuido el de su cuñado Roberto. ¿No conocerían los anticonceptivos? ahora ni siquiera podían cambiar el carro viejo o mudarse de la incómoda casita de Lince.

Miró a sus hermanos y sintió satisfacción. El había triunfado en cierta forma. De muchacho soñó con ser un abogado famoso pero luego se conformó con tener un buen ingreso. Lo había logrado. Sus hijos habían pasado por la universidad, su mujer seguía siendo una buena ama de casa. ¿Qué más podía pedir? sintió que ese día todos debían estar alegres. Hasta su mamá parecía estar de mejor humor que otros días. Pobre viejita, pensó, antes solía conversar mucho con ella, pero cada vez era más difícil. Se había vuelto terca, a la edad.

La muchacha de diecisiete años estaba ayudando a la madre quien se disponía a repartir el aperitivo. Había colocado servilletas de papel y copitas en bandejas. La madre se había esmerado para que el menú fuese adecuado. Especialmente pensando en la vieja que no podía comer picantes ni grasas y que siempre andaba quejándose de todo. Que a este arroz le falta sal, que esta sopa parece una mazamorra, por qué sirven frejoles si son tan pesados y producen gases. Que en lugar de gaseosas se sirva agua de melaza que es más digestiva. Que si van a poner aguadito de pollo o escabeche. Qué antigua. Ella había dispuesto carnes frías y un pequeño buffet de pollo a la gelatina preparado en dis-

tintos moldes de variadas formas, redondos, cuadrados y rectangulares. Había elaborado salsas de mayonesa y cremas de nueces y perejil. Para los que lo desearan, papas, choclos y palmitos. También un plato caliente, un asado discreto y arroz. Para todos los gustos. Cada uno se serviría y así sería más cómodo para ella que podría estar desplazándose por la sala, el comedor y el jardín sin preocuparse de nada. No podía confiar en la empleada que era torpe. Ella era la anfitriona.

Intencionalmente se había acercado a solicitar a su cuñada Elvira que la ayudara. Era una forma de congraciarse con ella. Dos semanas atrás habían tenido un discusión acalorada, el motivo: ese sobrino de piel pálida y transparente con grandes ojos oblicuos, drogado, golpeando a sus hermanos y avergonzando a la madre. La culpa la tenía Elvira por no tener ingenio, tan blanda, tan desarreglada y vestida con ropa pasada de moda —ahora se había puesto unos zapatos de suela gruesa y taco cuadrado. Qué espanto—, también era envidiosa y miraba la casa de reojo, preguntando por los precios de los artefactos nuevos o por el sueldo de la empleada. Y su concuñado Roberto, tan vulgar. Con las uñas mal recortadas y esa risa de idiota que habían heredado sus hijos. No le gustaban esos chicos pero los toleraba. Finalmente, ella misma no tenía parientes, era hija única, y aquella familia era un respaldo. Aunque mirándolo bien, qué familia. El único aceptable era Perico. Se había casado con una mujer fina que había colocado a sus hijos en buenos colegios, los vestía correctamente y seleccionaba a sus amistades.

Colocó unos ramitos de perejil adornando las fuentes.

—Tu mesa está muy bonita —dijo Elvira.

—Gracias. Quería que la celebración fuera especial —contestó ella. —Una mujer debe estudiar, ser independiente y luego, casarse.

—Pero ahora que va a estudiar, no pensará en casarse —exclamó Elvira.

—Ah, no lo sé —respondió ella dibujando una sonrisita misteriosa. —Está saliendo mucho con nuestro vecino, el que vive en la esquina.

—¿El hijo del profesor? —preguntó Elvira asombrada.

—Así es —contestó ella—. Ya ha puesto su consultorio y está trabajando en la clínica con su papá.

—No debe pensar en casarse. Es muy mocosa —insistió Elvira.

Ella la miró fastidiada.

—No puedo decirte nada al respecto —terminó secamente y se dirigió hacia la cocina.

Elvira comió un pedazo de pollo remojado en salsa de nueces y pensó que estaba muy rico, aunque ella hubiera preferido comida criolla que era más apetitosa que esas fuentecitas maltrechas de carne deshilachada y seca. Ese pollo dentro de la gelatina sin sabor tenía muy mal aspecto, ¿estaría fresto?, qué poca comida para tanta gente. Eran tacaños a pesar del dinero. ¿Estarían ahorrando? seguro que sí y por ello con las justas habían hecho algunos pollitos y algunas salsas. ¿De qué se enorgullecían tanto? cuando sus dos hijos ingresaron a la universidad ella no hizo ningún festejo. Les rapó el pelo y ellos jugaron carnavales con los muchachos de la quinta: por la noche les dio una propina para que se fueran al cine. Pero los estudios eran tan costosos, no había sido fácil pagarlos. Siendo los chicos tan jóvenes y con vitalidad, deberían trabajar y estudiar al mismo tiempo. Le daba pena decirles que el dinero no alcanzaba. Al final no lo hacía y ellos seguían estudiando sin

preocupaciones. Terminarán pronto, se dijo más tranquila. Le descorazonaba verlos con aquellos blue jeans y las camisitas ajadas, pero ellos estaban contentos. Sí, se les veía contentos.

—Has adelgazado, Elvira —le dijo una voz a su espalda.

Era su cuñada, la esposa de su hermano Perico.

—Ultimamente, he estado enferma —contestó ella—. Es por la menopausia.

Su cuñada la miró seriamente.

—¿Estarás viendo al médico, Elvira? —preguntó con tono de alarma—. Tengo las referencias de uno que es maravilloso. parece que hace milagros.

—Oh, no es necestrio, voy al Hospital del Empleado.

—Ah, pero bueno, nunca es lo mismo.

Elvira se alzó de hombros.

—Para mí, todos los médicos son iguales —afirmó— Si tuviera algo grave consultaría a otros. Pero para la menopausia, no creo necesitar ningún especialista.

Elvira observó que el vestido de su cuñada era algo transparente. Ella tan arregladita. Cualquier ropa le quedaba bien. Quizás porque estaba delgada y hacía gimnasia. Sin embargo eran de la misma edad. Tal vez tendría tiempo para ella misma, para aquel cabello tan brillante y el cuello tieso. Sí, era una mujer tiesa.

Los muchachos se habían apoderado de la terraza, habían puesto música y hablaban casi a gritos. Todos parecían eufóricos. La agasajada invitó a los primos a comer porque ella misma tenía hambre, tenía calor y habría preferido estar en la playa con sus amigas o tomando algunas cervezas en el bar de la vuelta. Desde ese día en adelante ella pensaría bien antes de aceptar los ofrecimientos de la familia. Veía a todos sus primos y primas como pequeños seres. Se deshacían. Se escurrían. Se deslizaban. Ellos no tenían sus preocupaciones. Tan importantes. Se decidía su vida. Buscaría una ocupación, viviría sola o con un amigo, visitaría a la familia de vez en cuando. La juzgarían, la dejarían hacer, la envidiarían. Era diferente.

La homenajeada se acercó a brindar con la abuela que estaba sentada, solitaria, en la sala.

—Abuela —le dijo acercándose, en voz alta para que escuchasen todos. —Vamos a brindar contigo.

El padre complacido pidió a todos que brindaran juntos aun a pesar de que ya se habían servido en los platos y se comía en la terraza y en el jardín.

—¿Para qué? —le contestó la abuela—. Yo lo que tengo es hambre, y no puedo levantarme de este sofá. Nadie me ha traído la comida —contestó refunfuñando.

—Cómo es posible— exclamó la anfitriona desde la terraza con voz cansada.

La abuela tomó un sorbo de pisco y quedó en silencio. Después abrió la boca y habló mostrando su dentadura postiza.

—Todo esto es un gasto inútil. ¡¡Una imbecilidad!

Los jóvenes se rieron al escucharla. El hijo mayor dejó el plato de comida sobre la mesa.

—¡¡Mamá! —le pidió con voz lastimera—. Todos estamos contentos.

La muchacha de diecisiete años, como era la agasajada y tenía ciertos privilegios, podía darse el lujo de solicitar asuntos que en otras circunstancias no hubiera solicitado.

—Abuela, ¿qué quieres hacer? —le preguntó en voz baja— ¿Quieres subir a tu cuarto?

—Es mejor que se vaya —contestó la madre que había escuchado— Que descanse después de comer —continuó, mirando de soslayo a su marido quien estaba conversando y no había reparado en aquel último intercambio de palabras.

—Llévatela a su cuarto —le dijo la madre a la hija en un susurro. —Ha estado mucho tiempo aquí sentada y debe estar aburrida.

—Pero ella todavía no ha contestado, mamá —continuó la hija—. Abuela, ¿quieres ir a tu cuarto?

—¡No! —respondió la abuela— Quiero comer aquí.

La madre hizo un mohín de disgusto y le colocó el plato sobre las rodillas. La anciana se llevó lentamente la comida hacia la boca y masticó.

—Esto no sabe a nada —comentó—. Parece comida de hospital. ¿Ya no se usa sal en esta casa?

La madre se retiró furiosa mientras pensaba que la vieja empezaría a ensuciarse y derramaría todo sobre la alfombra recién lavada.

—Si quieres, abuelita, yo te doy la comida —le dijo la nieta.

La vieja no contestó pero dejó que le diera de comer. La nieta quería mucho a la abuela aunque no lo demostrara con frecuencia.

—Aquí los hombres son idiotas y las mujeres hacen lo que les da la gana —masculló la anciana—. Esta casa está de cabeza. Tu padre es un borrico y tu madre una buena para nada que sólo se ocupa de pintarse las uñas.

—Abuela, no digas eso.

—Tú harías mejor en callarte. Vas a terminar igual que la mujer de mi hijo Perico, mírala.

—Abuela, te van a escuchar.

—Esa mujer flaca que no sabe ni reconocer un huevo podrido o hacer un buen arroz graneado. Y sus hijos, unos débiles mentales. Pero no, tú eres inteligente —exclamó la abuela condescendiente y un hilillo de salsa resbaló por su barbilla y cayó sobre la alfombra.

Cuando la abuela terminó de comer, pidió que la llevaran a los altos. Era la hora en que veía llegar esa exaltación perturbada y familiar que surgía entre las risitas y el alcohol y que a ella sólo le producía hastío y fatiga.

—Incapaces —alcanzó a decir mientras subía penosamente las escaleras ayudada por su nieta. —¡Incapaces! —gritó desde lo alto. Pero nadie la escuchó en el primer piso.

El padre estaba ya un poco ebrio. Hablaba con la voz muy alta y todos le oían en silencio mientras seguían comiendo.

—Modernizaré el estudio. He pensado en acomodar una de las oficinas para que practique mi hija ahora que habrá otro abogado en la familia —exclamó mirándola con regocijo. Ella había regresado y se había sentado en una esquina.

La muchacha había bebido y sentía un leve sopor y un devaneo que se fundía en los linderos del sueño y el cansancio. Veía cómo la hiedra que ascendía sobre la pared en frente de ella rodeaba a un pequeño tronco verde, desafiante, que se erguía encima del macetero de cemento.

—Uno de los errores que cometí cuando era un abogado joven fue no haber tenido una práctica consistente. Esa limitación la corregirá mi hija fácilmente. Tendrá una práctica desde ahora —rio entusiasta.

La hiedra era tenaz. Había arrojado pequeñas lengüetas largas de hojas verdes y venas blancas que se enroscaban en la base de las yemas jóvenes del tronco.

—Espera hija, espera —exclamó dirigiéndose de nuevo a la muchacha— ahora no quería decírtelo, pero ya que toda la familia está reunida, y como un aliciente que a veces los padres tenemos que dar a los hijos que nos dan satisfacciones, voy a decirte que es posible que este año adquiera un carro nuevo. Tú pasarás a usar el antiguo, que está en muy buen estado.

Aquellos ramajes invasivos daban la vuelta completa tapizando todas las superficies, avanzando, asfixiando, apropiándose del aire y de la luz.

—Lo he pensado bien. Apenas tengas edad, sacas tu brevete y así podrás movilizarte cómodamente entre la universidad, el estudio y la casa.

El tronco verde se replegaba.

—Por lo pronto, aquí ya he conversado con Perico, y vamos a hacernos cargo del frigorífico, y ese va a ser uno de tus primeros casos, muchacha. Lo llevaremos juntos. El padre y la hija trabajando juntos —siguió, y sus orejas ya estaban coloradas y transpiraba.

La madre había estado contemplando la escena con la frente arrugada.

—Pero ella tiene que tener tiempo para salir con sus amigos —exclamó— Es todavía una mocosita. ¿Cómo se las va a pasar estudiando y trabajando todo el día?

No respiraría. Algunas ramas tenues y delicadas que nacían, vivificantes, al compás de la savia y la vida, tornaban de color, volvíanse amarillas y frágiles, abandonaban el brillo ingenuo de la hierba y mostraban, derrotadas, los tallos débiles y quebrados.

—No se va a convertir en una solterona —continuó la madre protestando— Está en toda la edad de conocer muchachos, para que pueda elegir bien.

La hiedra era una ola antigua y desbocada en un mar sin límites que ahogaba, que arrasaba; el tronco verde se secaba, se vencía.

—Eso sí —intervino la esposa del tío Perico— Disculpen que yo me meta, pero si no aprovecha en estos años la juventud, se va a terminar casando con cualquiera. Las mujeres tenemos una edad para cada cosa.

—Mi hija ya tiene enamorado —afirmó la madre, sonriendo.

—Me parece estupendo —dijo la esposa del tío Perico— Yo a su edad ya estaba de novia, y me casé tres años después.

—Yo preferiría que te casaras cuando terminaras de estudiar —señaló el padre— Como tienes el trabajo asegurado, incluso podrías empezar a tener hijos muy joven. Pero siempre después de tener un título —sentenció.

—Eso es una tontería —contestó la madre— Las muchachas casadas siguen estudiando.

—Es una suerte poder trabajar desde ahora —comentó Elvira.

Doblado por el peso de la hiedra, reducido de tamaño, absorbido y raquítico, endeble en su plenitud desposeída, arrollado en las ramas que envejecían sus canales y sus venas, sus conductos y sus fuerzas, perdía la tonicidad de la vida, perecería.

—Al final —dijo de pronto el tío Perico debatiéndose con su enorme humanidad, trastabillando bajo el influjo del trago, ora balanceándose, ora balbuceando — tendrá unas buenas, muy buenas piernas.

Protestaron. El carro y el trabajo eran una buena contribución. El muchacho tendría que aportar algo, no una casa por supuesto, no era necesario. Si las cosas no iban bien, hasta podrían vivir con sus padres durante un tiempo. Les habilitarían un pequeño departamento en el jardín de la casa; después de todo, era inmenso.

La muchacha pidió disculpas, quería ir a ver a la abuela. ¿Cómo? ¿Tan pronto? quería ver si ya había dormido.

La chica subió rápidamente las escaleras y empujó la puerta. La anciana estaba recostada en una silla contemplan-

do a través de la ventana el jacarandá enorme, que dejaba caer indolentes las flores lilas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la abuela.

La muchacha se asomó por la ventana. La calle estaba desierta y las bancas del parque lucían, desnudas, su abandono.

—Prefiero estar contigo, abuela.

—¡Ja! —rio la anciana con una mueca.

La muchacha volvió la cabeza hacia el parque. Afuera, el color púrpura del atardecer siguió cayendo sobre los automóviles estacionados delante de la casa. Ella sintió la vibración del aire entre las hojas y las plantas. También escuchó, lejanamente, que la llamaban para partir la torta.

No bajó aquella tarde.

Cuando obscureció y ya todos se habían retirado, regresó a la sala y se tendió en el alféizar de la ventana mirando la luna blanca y redonda en medio del universo negro.

CHRISTI NOMINE INVOCATO

Sintió el agua fría que recorría su cuerpo y se estremeció ligeramente. Contempló distraídamente sus senos embadurnados de jabón y sus brazos laxos, extendidos, muertos. Había luchado a veces hasta el agotamiento, entregando sus energías con absoluta complacencia, para ser ahora testigo de la misma historia famosa y antigua, pero esta vez, cerca, muy cerca de ella. Primero, los susurros lejanos, las noticias inverosímiles la conmiseración por la tragedia ajena. Luego las razzias, las persecuciones, los conocidos involucrados, finalmente, los amigos. No, no es posible, eso es una locura, y después, dos años después, se descubre que todo ha sido verdad. La gente simplemente desaparece en la calle, a las once de la mañana, a media noche en su casa, también saliendo del trabajo, le había dicho un viejo amigo.

Abrió la ducha al máximo. Repasó los últimos acontecimientos y se estremeció de nuevo. Tenía miedo. Claro que tenía miedo. En cualquier momento ellos podrían llegar bruscamente, golpear la puerta, rebuscar en el escritorio, encontrar documentos, circulares internas, y entonces, la consabida acusación. Igual que los otros, ella también caería. Luego encontrarían su cuerpo mosqueado en un basural. ¿Sería todo así? Una historia manoseada, se repitió. Escondites, contactos, la tensión acumulada; todo se había sucedido vertiginosamente en los últimos días. Nadie estaba seguro.

Cerró los ojos por un momento. ¿Por qué bostezaba tanto? Debía descansar. El agua, esta vez tibia, resbalaba sobre su piel. Esperaría entre el olor a jabón y el vapor de agua, viendo borrosamente los pomitos multicolores de cremas embellecedoras que aparecían dispuestas en forma ordenada en un rincón de la tina. Rosadas, celestes, chisguetes, frascos, largos y pequeños, recipientes de cristal con líquido transparentes, sí, había terminado de colocar las pócimas en el anaquel de cedro, cerca del perol en donde cocía el maíz mezclado con sal. Haría tortas secas, las guardaría para el invierno, si es que llegaba viva hasta el invierno. Sus largas ropas de lino obscuro, sus gruesos calzones de espesa lana de oveja rodeaban el talle adelgazado y ceñido por una faja para resaltar sus formas femeninas.

¡Bruja! ¡Hechicera! le habían gritado en la Plaza Mayor, antes de cruzar el Cabildo. Ella había vuelto la cabeza rápidamente, y sólo vio la muchedumbre de indios y mulatos que llenaba el mercado de las calles aledañas. Un caballero de cara afilada vestido con jubones negros, un inquisidor, la había observado y ella se había levantado la manta cubriéndose parte de la cara. Era acusada por ser joven y bonita, bella para los hombres; porque Tadeo el sacristán de la iglesia de San Lázaro la miraba con ojos de deseo. Porque había escupido al mismísimo prior de la Orden cuando sus manos velludas habían acariciado sus caderas.

Caminando agitada hacia la Alameda, conjuró al Achique, al viento despedazador y devorador de criaturas y ganados, que arrasase toda aquella mata de olivos, naranjos y aquellas piedras blanqueadas con cal que tapiaban las casas solariegas de los caballeros.

Marchó luego inflando sus pulmones con sosiego, hacia los Amancaes, bajo el cerro, a dos leguas de la ciudad. Avanzó entre las chacras y los caminos desolados, entre los matorrales cubierto de flores azules y amarillas de olor áspero, viendo el cielo gris y blanco como aquel atardecer que no se

borraría nunca de su cabeza, cuando abjuró de la Santísima Virgen del Rosario, la más venerada, porque fue la hora en que mataron a su pequeño hijo por ser bastardo, a pedradas, arrojado en las aguas del Molino de San Pedro con el rostro aplastado, deforme y ensangrentado.

Y ella, seguía recogiendo semillas de pepitilla, ponzoñas de culebras negras, brebajes obscuros con ancas de rana; pócimas de Huacacacha, que aseguraban los espíritus de la huaca, hacían salir al demonio del cuerpo poseso. Ajenjo para embriagar; plantas violáceas de tallos largos que habían hecho abortar al producto de su vieja puerca y que se habían convertido en el material áureo con el que ayudaba a las criollas e indias que tocaban con el gozne la puerta de su cabaña al pie de la huaca, en las noches de luna. Y si la Santísima Virgen del Rosario, no se apiadaba de ellas porque aquello no era de su gracia, entonces ella lo haría, las libraría de su producto maldito; un niño que terminaría odiado, vilipendiado y quizás muerto como el pobre Jerónimo; la noche desgraciada en que las antorchas anunciaron la visita del Alguacil de la villa, y éste, ah... miserable como todos aquellos hombres, le enseñara el pequeño cadáver encontrado a la vera del molino, su amado hijo, su amado Jerónimo.

—¿Cuándo vas a salir del baño? — la voz masculina la sacudió de ensueño.

Javier apareció con rostro impaciente tras las cortinas de la tina.

—No voy a salir —afirmó desconcertada ante su propia determinación. — No voy a salir —repitió suavemente—. Estoy muy cansada. ¿Te importaría ir solo?

El se alzó de hombros. Un beso húmedo en el rostro. Escuchó el golpe seco de la puerta de la calle. Quedó de pronto ensimismada, inerte, como aquella noche en que juró por Satán sobre el cadáver de su hijo, los votos de las siete cruces como su abuela blanca lo había hecho, y leyó, leyó el li-

bro de los súcubos, porque a despecho de las otras mujeres de su raza que ignoraban el significado de aquellos signos, ella sí los entendía, ella sabía leer. Su abuela blanca la había iniciado en el vuelo de los cuervos, en la sabiduría de los astros y de las plantas.

Y en la villa lo sabían. Y temía. Temía el tercer domingo de cuaresma, la promulgación del Edicto de las Delaciones en el templo de Santo Domingo, en aquellos papeles tiznados y sellados por el Santo Tribunal. Volvió a bostezar y estornudar, sacudiendo la cabeza como si despertase de un profundo sueño. Se había quedado dormida apoyada contra los azulejos del baño. Tal era su cansancio. Se frotó el cuerpo con la toalla, con fiereza, con rabia; vio la hora que era marcada por su altimatic impermeable al agua, aquél que Javier le regalara en Valparaíso. Mejor echarse a dormir sobre la cama, debajo del suave edredón de tela gruesa y sumirse en el plácido sueño que requería su cuerpo, reposo.

Salió rápidamente de la ducha envuelta en la toalla, se secó el pelo y entró en la obscuridad del dormitorio. Encendió la pequeña lamparita de noche y se sumergió entre las mantas. La violencia era contra el débil, pensó, el despojado, el habitante de las casas de estera y el suelo de tierra apisonada; era el atropello consolidado por la ley clandestina de la fuerza contra el hombre que luchaba por no perder sus sueños. Ella en cambio aún podía defenderse. Eran los privilegios propios de su clase, lo sabía. El día en que llegaran, ella estaría preparada; no había huida posible, tarde o temprano la encontrarían. Alguien podía estar delatándola en aquel momento: el soplo. No podía dejar de pensar en aquellos hombres barbudos, trajeados con la ropa de las huertas, con olor a cebolla, sudor, tierra, con los que se había amancebado abierta, enardecida en la obscuridad de los cerros blancos detrás de la huaca, rodando los cuerpos desnudos entre las arboledas, embebidos del licor de caña mezclado con polvos de piedra blanca. Ellos vendrían aquella noche, lo presentía.

La llevarían al potro, a la garrucha. Le pondrían los grillos de cien libras de hierro en los pies. Había escuchado los pregones, trompetas y atabales hacía ya treinta días; había visto el tablado en la plaza. Se acercaba el Auto de Fe.

Debía marcharse hacia las huacas más lejanas, allá en los cerros, donde no la pudieran hallar.

Desde sus más remotos recuerdos escuchó el eco de su llanto la tarde en que murió su abuela blanca, cuando fue envuelta en la mortaja negra el día en que los nogales perdieron sus hojas. Ella había caminado vacilante, entre los llantos de las indias, y un grito hondo y obscuro había sacudido su pecho. Cayó al suelo, y cuando despertó, estaba todavía intentando desasirse de las sábanas y el almohadón blando. La lamparita de noche alumbraba débilmente el espacio. Una voz distante, con timbre profesional explicaba el porvenir del tiempo en blanco y negro al interior del televisor. Tendría que levantarse para apagarlo. No, mejor sumirse en aquella vaporosa sensación de bienestar soñado, como si nunca hubiesen existido los presagios de los astros, que anunciaban la maldición sobre su cabeza en la perdida infancia, cuando la abuela, sorprendida, renegó impaciente de su prodigiosa facilidad para repetir los conocimientos. Tienes sabiduría, había dicho la vieja mientras sus dedos nudosos acariciaban los largos cabellos núbiles. Así había comenzado el noviciado. El largo aprendizaje reconociendo nombres y hierbas en los campos áridos durante las distintas estaciones. El movimiento de las estrellas, el ascenso del mar bajo la luna, el recorrido minucioso de los animales dejando sus pequeñas huellas en el barro del camino. Aprendió a sentir sabores, olores y temperaturas. Podía identificar cuándo los orines estaban enfermos, .an sólo viéndolos y oliéndolos. El tufo de los desperdicios de los hombres y su consistencia hablaban de las dolencias de la carne. Sabía que un corazón palpitaba debajo de su pecho pues lo había extraído de distintos animales de variadas formas.

La noche había caído. Ya estaba perdida. Algo dentro de ella se movilizaba. Era el extraño sortilegio que producían los grandes acontecimientos cuando se acercaban a la vida de los hombres. Entonces en el cuerpo se sentía una transformación: los humores internos se agitaban y convertíanse en sudor; la piel se volvía caliente, el corazón se exaltaba violentamente. Ellos vendrían y el presagio se cumpliría.

Los escuchó. Se acercó a la entrada de la cabaña y divisó la hilera de antorchas. Cogió tortas secas de harina, carne salada de vaca, lo metió todo en una gran alforja de piel. Salió rápidamente cargando sobre sus espaldas las grandes alforjas. Corrió a través de las sombras, la hierba húmeda, las ramas que arañaban su rostro. Su cuerpo vaciló, tropezó. Cayó lentamente rodando por la pendiente, entre rocas. Unos brazos gruesos la levantaron sin misericordia.

Atada en la obcuridad, desnuda sobre un caballete, escuchó la voz lenta: Christi nomine invocato, fallamos atentos a los autos y méritos del proceso, la debemos condenar y condenamos a que sea puesta en cuestión del potro, en el cual mandamos que esté y persevere, para que diga la verdad de lo testificado y acusado.

Inmóvil, comprendió que había sido vana aquella imagen enviada por la huaca, en que se vio en una habitación desconocida recibiendo agua sobre su cabeza y el cuerpo desnudo cubierto de espuma blanca. Había visto a un hombre extraño; había visto frascos de colores, celestes, rosado, largos y pequeños; había visto hombres blancos moverse y hablar dentro de una caja, una cama y un almohada.

Supo en ese instante que la hoguera preparada en la plaza estaba destinada para otros hombres que ensordecían sus oídos con infinitos gritos, pero también para ella. Moriría, para siempre, y aquel sueño remoto ni siquiera podría salvarla del suplicio horrible que ahora el potro empezaba a producir sobre su carne.

TRAVESIA NAIF

Nuevos lugares no hallarás,
no hallarás otros mares.
La ciudad te seguirá.
Te perderás por las mismas calles.
Envejecerás en los mismos barrios.

Kavafis

Segundos antes que Gabriel Landázuri pudiera percibir algún movimiento extraño en el avión, éste ya se dirigía hacia uno de los picos desérticos de Manchuria, al interior de la República Popular China.

El jamás podría sospechar que aquél sería el destino de su exilio, el retorno hacia el espacio fantaseado, amniótico, que ya no existía, que nunca existió, que aquél era uno de los caminos que conducían invariablemente en una sola dirección en donde ya no habría más preámbulo posible; que entre aquellas nubes algodonosas, perpetuas, que cubrían y descubrían interminables, los campos, los valles y los ríos centenarios, lo único, lo irrepetible, lo verdaderamente infinito, era el vasto mar; que en aquella fracción de tiempo inmóvil en la cabina del avión, el piloto chino realizaba denodados pero inútiles

esfuerzos para salvar a la tripulación de setenta pasajeros de la inminencia del desastre. Quizá ése fue el momento en que Ah-sou, la azafata china, con desasosiego, al distinguir el humo negro que se desprendía de una de las turbinas del avión, adivinó que jamás lograría adquirir el anhelado descanso en la casa de los huertos que su anciana tía poseía en las afueras de Beijing. ¿No dicen acaso los antiguos que hay señales prodigiosas antes de los instantes infinitos que nos evocan lo irrecuperable? tal vez ella fue la única, con candor, con inocencia, que tuvo la visión premonitoria.

Gabriel había elegido la penúltima fila anterior a la cola del avión. El viaje sería largo y él deseaba estar cerca del baño y del lugar de donde partían las azafatas distribuyendo las fuentes con platillos de comida agridulce.

Al lado suyo se había sentado una mujer mayor, de rasgos orientales y ojos grises; vestía un traje de seda anudado con un lazo alrededor del cuello. Llevaba el cabello plateado enrollado en un moño y sus manos largas se deslizaban sobre las revistas en inglés y en español, mientras leía a través de sus lentes pequeños, con la cabeza muy erguida.

—Disculpe, ¿podría prestarme alguna de sus revistas? —preguntó.

La mujer le dirigió una mirada indefinida.

—Por supuesto —contestó en perfecto español.

—¿Es usted china? —preguntó.

—Sí —respondió ella— pero hace treinta y ocho años que no voy al continente —terminó secamente.

Gabriel no continuó. Ella prosiguió su lectura sin levantar la vista.

—Ocurre que cada vez, cuando me acerco a mi país, soy como una extranjera —exclamó pausadamente la mujer oriental.

—Temía haberla importunado —señaló él.

—¿Por cuánto tiempo va?

—Probablemente, cuatro años.

—Es mucho tiempo. ¿Qué va a hacer allá?

—He conseguido un trabajo en Radio Pekín, como locutor.

—¿Es usted periodista?

—No.

La mujer lo miró pensativa.

—¿Por qué China? ¿Por qué no Europa, los Estados Unidos?

—Es un buen sueldo el que me han ofrecido.

—¿En el extremo del mundo? —preguntó ella con sonrisa oceánica.

—Me pagan muy bien —insistió.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y cinco años.

Ella guardó silencio.

—Hace años que quería ir al oriente —dijo él.

Su vecina volvió a sonreír sin contestarle. No supo qué hacer con la revista entre las manos. Trató de leer pero le resultaba imposible concentrarse. Guardaba en el bolsillo de la camisa un par de tabletitas de Frisium. El ansiolítico le había resultado siempre que se encontraba angustiado. Lidia lo había deslizado subrepticiamente entre sus manos al despedirse de él. Guárdalo, le dijo, te hará falta. El se había reído. Pero esa incomodidad gaseosa que ascendía de vez en cuando y le atenazaba la garganta comenzaba a presentarse. Si más tarde no puedo dormir, lo tomaré, pensó.

—¿De qué parte de China es usted? —preguntó a la mujer.

—De Pekín —contestó ella rápidamente—. Ahí nací y me crié. Hasta los veinte años, en que hui.

—¿Con la revolución?

—Todos teníamos miedo en aquella época. Los que se quedaron y los que nos fuimos —respondió ella impasible.

El regresó a las revistas. Su mente recorrió miles de kilómetros y se vio de nuevo en la casa paterna. La huida. la despedida, la independencia, la libertad. El rostro lejano de Matilde, la militancia política, los vaivenes de los compases revolucionarios, la pereza. Los viejos amigos, compañeros de inacabadas travesías, cuando todos se divertían siempre, tomando cervezas, y a veces bailaban festivos y corrían entre la humedad de la calle y el frío les golpeaba la cara. Entonces sabían, todos, que el cuerpo era joven, los amores puros y eternos, la ciudad, las plazas y el porvenir les pertencían por completo. Después, diez años después, se divertían también, los viejos muchachos, pero todo no sería ya igual. Luego estarían el desempleo, los hijos, las deudas, la dureza de la lucha política, el desapego, los amores nuevos y gastados, los sueños y la nostalgia.

—Deseaba desde hace mucho tiempo viajar —exclamó él sorpresivamente.

—A cualquier sitio —acotó ella.

—Sí.

El sonrió agradecido. Esta vez la mujer hablaba cálidamente.

—Se quedará allá largo tiempo —continuó ella—. Y usted ya no es muy joven —concluyó reflexiva.

La edad no tiene importancia en estos casos, pensó malhumorado. ¿Qué estaba ocurriendo?

—Soy pintora —exclamó ella—. Pero no he podido dejar de pintar montañas —afirmó con gesto adusto.

—¿Montañas?

—Es un decir —prosiguió—. Para los chinos las montañas son lugares excepcionales. Herméticas, próximas a las nubes, en medio de la tranquilidad absoluta, nos acercan hacia la virtud.

—¿Qué situación tan difícil para todos, verdad? —contestó él sin saber ni siquiera por qué lo decía—. Demoré un año completo en aceptar este empleo. Es muy importante para mí —sentenció.

—Vea usted. Hay una montaña al Este, T'ai Shan, la citan los clásicos. Las creencias populares afirman que aquel lugar es el origen de las cosas y de los seres. También de la muerte. Desde los tiempos de los Han, se decía que tras la muerte, todas las almas retornaban al Este. El lugar del destino.

—Por eso usted no puede dejar de pintar montañas —añadió él pensativo—. Yo sólo voy por un tiempo. Es un contrato muy puntual —agregó.

Sintió que tenía los labios resecos. Necesitaba un trago.

—¿Gusta de la comida china? —preguntó ella mirando su reloj pulsera.

—Mucho —contestó él.

—Nosotros los chinos —continuó la mujer— comemos con los cinco sentidos; los alimentos deben ser presentados en forma decorativa, tener buen olor, agradable sabor, deleitar con su crujido nuestros oídos. El comer es una actividad que debe producir gozo. Nos gusta respetar las calidades del placer —terminó con mirada inexpresiva.

—Va a ser una experiencia difícil, ¿verdad? —exclamó él—. Sé algo de chino pero no será suficiente, imagínese, demoraré en ubicarme. De todas maneras ya no podía quedarme más tiempo en Lima —añadió casi en un susurro—. Yo trabajaba en la universidad y me pagaban una miseria. Además era complicado seguir ahí, en el desconcierto de una guerra catastrófica. ¿Sabe algo de eso? ¿Si? ah, entonces me entenderá. Era ridículo, a mi edad, desperdiciarme en un país que es un caos. ¡Absurdo!

—Los mandarines temían el ocaso; insatisfechos, reducían el hastío de la vida, refinándose en sus placeres —continuó ella sin escucharle.

—El hastio.

—Salí de China cuando era una jovencita.

—Pero conoció un mundo completo.

—Fui embarcada en un universo giratorio.

—Sin barreras. La cultura no tiene fronteras.

—No vemos nuestros calabozos internos.

—Bueno, es otra vida. Hay que adaptarse —exclamó visiblemente alterado.

—Trabajé tercamente. Tuve amores sin pasado. Viví desprendida de mi historia.

El no respondió. Quedó ensimismado por unos instantes con la mirada fija en un pedazo de papel blanco que sobresalía caprichosamente en el bolsillo del asiento delantero.

Luego se volvió hacia el pasillo y su mirada se cruzó con la de la azafata que venía en dirección contraria. La mujer no lo vio. Tenía una mueca inexplicable. Atravesó raudamente el pasillo.

—Yo tampoco me he sentido muy bien que digamos —dijo él. Y algo cálido se abrió en su interior y fue expandiéndose en ondas que se derramaron hasta que se sintió mejor y más tranquilo— Partir justo en los momenots más difíciles —añadió—. Dejándolo todo así, los hijos, el trabajo, los amigos. Pero la vida no es sólo eso, ¿no? Yo estaba harto —exclamó bajando la voz— muy cansado.

—Dicen que en ciertas circunstancias la vida es una muerte diferida —contestó ella con voz tenue.

—Quería largarme, ¿entiende? —exclamó él casi automáticamente.

—Pero entonces, retornar es de valientes, ¿verdad? —dijo ella.

—Verdad —contestó él quietamente. Supo, de pronto, que había dicho la única certidumbre de su vida.

—¿Qué pasa? —preguntó ella— ¡Mire!

Señaló la ventanilla.

Gabriel Landázuri empezó a sentir un olor inconfundible.

LOS DIAS Y LAS HORAS

Estrella desprendiéndose en el apocalipsis
entre bramidos de tigres y lágrimas.

César Moro

Se asoma hacia la ventana del pasillo, atraída por la luz que penetra con fuerza en aquella hora del día anunciando al sol, ese sol aplastante empecinado en agotar energías y exterminar buenos propósitos, relampagueando sobre los techos de las casas, proclamando el comienzo del verano entre el calor y el vaho sofocante de cebollas, orines, limones y basura de las carretillas de comida, alineadas allá abajo, en la calle, una tras otra, como un ejército desordenado de vendedores ambulantes en la esquina entre el Jr. Saloom y la Av. Buenos Aires, surtidas de tallarines, papas a la huancaína, cau cau, cebiche, en medio del barullo de las vendedoras de pollos destripados ofreciendo a gritos su mercadería; la gente camina, unos juntos a otros, arremolinándose en el mar ensordecedor de las bocinas de automóviles y micros atiborrados de racimos humanos, que avanzan sobre las calles y las pistas, sorteando aquella masa de hombres y mujeres que marchan en una procesión sin rumbo fijo.

—Ayúdame a barrer las escaleras —dice su madre desde el fondo del pasillo— Apúrate, porque voy a comprar el pollo y quiero que vayas haciendo el arroz y preparando

los fideos —continúa la voz con un tonillo urgido e imperioso.

—Está bien —responde ella.

Se retira de la ventana y se acerca hacia la mesa de la sala. Escoge la pequeña mata de geranios y floripondios que yacen esparcidos como cadáveres sobre el mantel de plástico. Algunos son rosados, otros blanquecinos y tienen pequeñas manchitas rojizas que parecen gotas de sangre. Como sangre. "Será necesario que llegues puntual", le había dicho Víctor la tarde anterior. Y no había podido evitar aquel imperceptible temblor de voz que invariablemente lo delataba, y que había hecho que ella respondiese con energía "Por supuesto". Coloca las flores en un pequeño cazo de loza sobre la mesa.

—Por la tarde vas a hablar con Don Julián a ver si todavía quiere que lo ayudes a despachar en la bodega —ordena su madre al lado de ella. Dando un pequeño resoplido, arrastra las sayonaras azules sobre las baldosas y mira de pronto, con curiosidd, la bata descosida—. Aquí tengo el bolsillo roto —exclama fastidiada—. Tantos años me ha durado esta telita, y mira nomás cómo ya está envejecida —dice con gran tristeza— ¿La ves hija? bueno, ya está como para la basura.

—Como para la basura —repite ella automáticamente. Se dirige despacio hacia la escoba y el recogedor que ya la esperan en un rincón de la escalera.

La anciana baja las gradas pesadamente con la gran canasta colgándole del brazo.

—Deben ser como la una —masculla desde el rellano del primer pisc— ¡Qué tarde es! —termina diciendo antes de desaparecer por la puerta de la calle.

Espera en silencio unos segundos. Ahora la casa está desierta. Sólo ella y aquel pálpito siniestro que a veces siente cuando se queda sola. Hace un gesto con la mano, como ahuyentando malos pensamientos, y se dirige hacia la cocina.

Saca la bolsa de arroz. Abre un pequeño agujerito en ella, dejando que éste se derrame como un pequeño pero potente chorro sobre el recipiente de metal. Entonces miles de granitos golpean la superficie de la fuente confundiéndose unos con otros, como pequeños seres sin destino, pero cuya fuerza es tal, tan intensa y tan violenta, que a pesar de su diminuto volumen logran horadar la estrecha abertura de la bolsa de plástico ampliándola, haciéndola crecer, hasta que se abre totalmente y el torrente de arroz se precipita con increíble velocidad cubriendo todo el recipiente. Luego, viene la purificacón, se dice mientras coloca la fuente bajo el chorro de agua cristalina. Los granos quedan sumergidos transformando el líquido transparente hasta convertirlo en blanquecino y espeso. Escurre la masa varias veces con sus manos y comprueba que el agua vuelve a ser otra vez clara y pura. Así está, distraída algunos minutos, con la mirada fija y vacua descansando sobre aquella masa blanca, cuando es sorprendida de nuevo por sucesos recientes que aparecen como luces repentinas en forma de fogonazos que aturden y enceguecen todo. Se ve de pie, en aquella noche azulada, bajo la luz tenue del alumbrado público al lado de Víctor, agazapada junto a él, pero lejana y distante también. "Porque estamos solos ahora" le había dicho él "porque tú harás lo tuyo y yo lo mío" y aquél fue el primero, el único instante de su vida en que comprendió con horror que se estaba labrando un destino en el que nada ni nadie la acompañarían más.

Enciende la hornilla de gas y coloca sobre ella la olla ennegrecida. Un chorrito de aceite, ajos. Esperar que estén dorados para agregar el arroz, piensa, repitiendo la vieja

receta que siempre ha escuchado de boca de su madre mientras extendía, en años infantiles, los cuadernos sobre la mesa de la cocina, aquélla que se utilizaba para almorzar, comer, llorar, estudiar, para conversar con alguien o para estar sola sentada o esperando algo, que no llegaría nunca.

—¡Aquí estoy! —la voz de la anciana rezonga desde las escaleras. Escucha sus movimientos torpes, el ruido de la canasta pesada golpeando las esquinas.

—Hay que preparar ese almuerzo. A ver, aquí he conseguido el pollo.

Y arroja la presa grande envuelta en papel periódico sobre el fregadero.

—¿Has lavado el portaviandas? —pregunta.

—Sí, mamá.

—Hay que llevar el almuerzo a los obreros. Hoy les voy a cobrar veinte mil por menú —continúa mientras levanta la tapa de la olla—. Un pedazo de presa por cada plato, el arroz y los fideos ¿ya? ah, me encontré con Margarita, en la esquina, hija. A esa vieja puta se le están cayendo todos los dientes, pero si la vieras —exclama compungida—. Tiene plata, como siempre. Es la suerte de las putas que no sé cómo, pero anda bien vestida y con dinero.

Ayuda a su madre con la canasta. La coloca de cabeza y caen las zanahorias, las papas, los tomates, uno tras otro, atropellándose sobre la mesa.

—Hija, dicen que hay ratas en el primer piso, Jesús, con tal que no suban hasta aquí.

Clava el cuchillo filudo en una papa. La monda con cuidado y contempla cómo la cáscara se va desprendiendo suavemente, sin partirse.

—Haz el guiso, yo voy a limpiar el cuarto.

Asiente con la cabeza.

Alguien comienza a cantar cerca, muy cerca de ella. Levanta el rostro y atisba por un agujero que hay en la pared sobre el fregadero. En frente, el edificio vecino y un dormitorio con pequeñas ventanas abiertas. Es la chica que todos los días a la misma hora se coloca delante del espejo, vistiéndose, ajustándose los pantalones, desenrollando los ruleros del cabello, pintando sus labios de rojo mientras canta haciendo gestos y morisquetas con un desenfado que cultiva intencionalmente. Tiene la edad de ella y va a la universidad. La ha visto salir y encontrarse con el novio en la esquina. Toman el micro juntos. La muchacha lleva sus cuadernos en un brazo y la cartera en el otro. Luego buscará un empleo, piensa, hará cola en alguna oficina obscura colmada de gente, esperará hasta que se aburra. Vagará de un sitio a otro y finalmente la titulada universitaria entenderá que no le queda otra que trabajar de cajera en Monterrey. La gente es estúpida, se dice.

Termina de pelar las zanahorias. Las arroja sobre el guiso de pollo y la salsa roja salpica las losetas blancas. Agrega un poco de agua y disminuye el fuego. Por lo menos ella está tranquila. Sabe que nada nuevo le espera en esas calles de afuera, en esa ciudad que no escogió para nacer ni para vivir. Nada que no haya medido o premeditado antes. Lo ve de nuevo. En esa esquina del Jr. Canevaro, nervioso, con la frente perlada de sudor. ¿No se da cuenta? aquí no sirven las vacilaciones. Ella sabe perfectamente que alrededor suyo no hay lugar para las palabras o el olvido. Ni en esas calles, ni en esa gente, ni en ese futuro sin sorpresas más que para los locos o los ilusos que aún creen en los billetes de lotería y en la polla del fútbol.

—¿Ya está? —la cabeza gris de la anciana aparece en el marco de la puerta.

Ella pone el portaviandas sobre la mesa y va colocando los pedazos deshilachados de pollo en cada uno de los tazones.

—Sirve menos, muchacha, que no va alcanzar —murmura la madre con cierta preocupación—. Ah, si ese desgraciado malnacido de tu padre me hubiera mandado dinero. Pero no, nunca lo hará. Si yo no me hubiera armado este negocito, ahorita estaríamos muertas de hambre.

Y parece tan normal el asunto, piensa, como si el Jr. Canevaro estuviera muy lejos y Víctor se fuera borrando como una sombra en la noche y la luna brillante que iluminaba la acera se hubiera ocultado poco a poco; pero ella está huyendo, alejándose de ese cuerpo yerto, extendido sobre la calle, con los ojos abiertos y los labios torcidos.

—Hija, ¿Vas a ir a la bodega?

—Más tarde.

—Ya regreso —masculla su madre.

Ve la figura grande y gorda de la anciana descender lentamente. Escucha el ligero jadeo que arrastra esa lerda humanidad perdiéndose detrás del golpe habitual de la puerta de calle.

Camina hacia el dormitorio. Se recuesta sobre la cama esperando que pase el tiempo. Faltan dos horas exactas. ¿Cuándo fue? es una historia que se repite en sueños. Un muchacho pálido y esquivo que se había acercado a ella a la salida del colegio, dos años atrás. Su tono de voz fue solemne y ceremonioso. El primer contacto. Si no hubiera sido por eso, nunca

hubiera soñado más allá de la terca realidad que clausuraba sus puertas y aún seguiría en la bodega, extenuando años, acabando sus fantasías, exponiendo sus movimientos a las miradas lascivas de Don Julián que atento a sus menores descuidos la abordaba murmurando palabras que ella se empeñaba en no escuchar. Y estaba tranquila. Tanto que podía comer anticuchos en cualquier esquina aguardando pacientemente que llegara su hora. Se vuelve lentamente en la cama. Los párpados se cierran, ella debe estar alerta para no abandonarse, intenta incorporarse, pero no, es mejor descansar, no hay por qué resistirse, está justificado, musita finalmente antes de perderse en las profundidades del sueño.

—¿Todavía estabas aquí? —la voz de la anciana retumba desde el fondo del pasillo.

—Ya me voy —contesta levantándose sobresaltada de la cama.

—La tarde se pondrá obscura —exclama su madre desde la cocina.

Ella levanta el colchón.

—¿Vas a comer algo antes de salir?

—No, no tengo tiempo.

Escucha el chorro de agua lejanamente, sobre los platos, los cubiertos tintineando. Lo vio de nuevo, de pie, mil veces, encendiendo un cigarro, el último que fumaría en su vida.

—Mañana hacemos los panamitos que compré ayer.

Vestido con el uniforme verde que era su mortaja. Ella se acercó por la espalda y sólo vio sus ojos en el instante

último y repentino, en aquel momento infinito para él, breve para ella, porque la vida ahora era así, sin tiempos largos ni cortos, sin plazos, y aquel hombre no lo sabía, o si lo supo fue demasiado tarde porque cayó tan rápido que no se dio cuenta que estaba muerto.

—¿Sabes que los obreros terminan la próxima semana?

Y fue sólo coger el arma y correr, correr y sacarse la chompa, arrojarla, "Para que no nos reconozcan" había dicho Víctor. "Es una medida de seguridad".

Saca el revólver.

—Pero después voy a hablar con la comadre de la ferretería. Ella me dijo que ahí quieren que les haga el menú. Trabajo no falta ¿eh?

Lo coloca por dentro del pantalón.

¿Me escuchas?

Se pone una chompa sobre otra.

—No quiero que regreses tarde, si no, cierro la puerta.

Sale del cuarto.

—Hay muchos borrachos por ahí, te puede pasar cualquier cosa, muchacha.

—Me voy, mamá.

—No te tardes.

Baja las escaleras. Abre la puerta. El cielo está gris; ya no hay carretillas; los bultos del mercado se amontonan sobre la vereda, los ambulantes atan sus mercaderías con sogas, cierran los puestos. Escucha un grito. Es un maullido, piensa. Es un gato. La noche recién está comenzando.

UNO DE LOS TRECE

Su cuerpo pleno había vestido el color del sol extremeño en los campos áridos del trigo. Golpeado y embrutecido en el mesón de la aldea, sólo la noche y el cantar de las cigarras en el estío habían animado sus sueños. El lejano pasaje de las caravanas del rey arriadas por bestias erguidas, los yelmos de los viajantes que habían perdido el bruñido metálico en las batallas de Pavía y en los puertos de Amberes, evocaron en sus oídos los sones de trompetas y cánticos guerreros. Tuvo temor de Dios y adquirió templanza en las sombras negras de calles sinuosas y empedradas de tierras extranjeras, cuando estuvo bajo las órdenes del Gran Capitán. Escuchó las leyes de los Damascos en Venecia, y las historias extraordinarias que narraban los viajeros en los puertos de olor salobre a pescado y madera humedecida. Su sangre celta había probado su arrojo aun siendo niño, hurtando la bolsa de monedas de un caballero que había envilecido a su madre. Desdeñó la quietud inmóvil y el rigor de los campos de Castilla mientras apacentaba la ovejas, y sólo conoció de la ternura del abuelo, el único mortal que lo había acariciado y le había enseñado los secretos del arte en el manejo del sable y del sayal. No conocía los signos escritos ni de la determinación del sosiego del que predicaban los clérigos. Sólo el aire frío del mar que cortaba su rostro, el sabor cálido de la carne de puerco asado que despellejaba con sus manos, las hojas aceradas de las lanzas que descansaban en las puertas de las tiendas

las vísperas de las batallas, las romanzas de los soldados y las mujeres de las tabernas, le hicieron avizorar el universo. Valiente, ingenuo como un niño, no tuvo otro signo que la aventura ni otra cavilación que el coraje. Cuando los días aparecieron inacabables y la fuerza de sus brazos declinaba, sintió pavor y adivinó el ocaso. Sentado sobre una gran piedra de granito, recordó el día en que vio el cuerpo yerto del abuelo, boca abajo, el charco de sangre, el tajo profundo en el cuello. Se vio a sí mismo cruzando los prados, llorando de rabia, de impotencia, sorteando construcciones rectangulares, trepando techos de heno. Se vio jadeante y sudando miedo. Recordó que aquella noche mató a un hombre y vengó a otro hombre. Aquella noche se hizo hidalgo y vengó una traición. Fue también la noche en que dejó la labranza y supo que estaba solo, que había sido siempre solo, que no tenía más techo que la bóveda estrellada ni más regazo que su propio sueño.

Mudo y absorto cuando aún no testimoniaba la proximidad de la vejez, descubrió los rumores insólitos de travesías de mares rojos y dragones ardientes, de pulpos gigantes y centenares de tentáculos, de sirenas de largos cabellos enroscados en hilos de plata, de conchas abiertas coronadas de esmeraldas y rubíes, de tierras de arena blanca en donde se descubrían guerreros de piel oscura que se hacían sombra y aire bajo la cruz. Y recorrió cuatro mil kilómetros, y cruzó el Atlántico, dio fe a los hombres y caballeros que encontró en su largo viaje. Creyó en caciques de plumas multicolores y en árboles frondosos de donde brotaba un líquido espeso y pegajoso. Durante tres años navegó los mares tenebrosos, arreó bestias y hombres en barcos y canoas, luchó contra la desidia, la desconfianza, la astucia. Conoció el desierto y el infierno. Conquistó un reino entero para su soberano español, ganó setecientos mil maravedíes y tomó por mujer a una india. Habitó en un palacio de piedra blanca, fundó la Ciudad de los Reyes y

plantó una higuera. Ni aun el día de su muerte presintió la gloria. Sólo sabemos que fue muerto a traición, de espaldas, y que antes de morir escribió con sangre, sobre el mármol, el nombre del traidor.

COMO UNA ESTRELLA

La vida es un espacio exacto entre dos muertes
La muerte es un espacio exacto entre dos fuegos

Patricio Manns

Al sur de Lima, cuarenta kilómetros antes de llegar a San Andrés, hay un desvío apenas visible y una larga pista cubierta en trechos por arena y piedras que hace una curva y desciende serpenteando hasta una pequeña bahía. Al llegar a la explanada, en medio del aullido del viento que levanta nubes de polvo y tierra, lo primero que llama la atención son dos plantas abandonadas de harina de pescado, una a cada lado de la carretera. Nadie diría que más abajo hay un terminal pesquero enmohecido y solitario, mudo testigo de alguna lejana etapa de prosperidad en aquel lugar que treinta años atrás quintuplicara el número de sus habitantes. El pueblo en forma de herradura bordea una playa de arena blanca. Siguiendo la única calle principal se desemboca en la plaza frente al malecón, donde se ve una iglesia con tres grandes puertas: la del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que se abrieran los domingos acompañadas del tañido de una gigantesca campana de bronce donada por el italiano Luigi Luzardi en 1919, el primer comerciante que instaló una vinatería en la localidad. Hace catorce años la campana cayó haciendo un gran estrépito, y no volvió a ser colocada nunca más. Cada quince días

llegaba un sacerdote de Pisco trayendo incienso y velas olorosas, podaba la margaritas y los floripondios del parque y los colocaba en los jarrones de latón del Altísimo. Hace seis meses que no viene ningún cura. Dicen que el padre ya no vendrá porque está con artritis. La iglesia se ha clausurado. Algunos vecinos comentan que es mejor así porque el hombre desbordaba una amabilidad almibarada, demasiado sospechosa para el gusto de los pescadores.

El último año fue el invierno más difícil que todos recuerdan. Las torres de luz vecinas a la carretera fueron dinamitadas sorpresivamente y empezaron los apagones, quedándose el pueblo sin energía eléctrica durante días y semanas. El aceite, la leche y el arroz desaparecieron. La escasez de alimentos obligó a la gente a viajar hasta Pisco e Ica, regresando desalentada y sólo con manteca y avena. No había azúcar ni harina. Los peces parecían haberse escondido en las profundidades y únicamente los afortunados conseguían pulpos y cangrejos. La mayoría se alimentaba de muy muys y plátanos fritos. Algunas familias emprendieron el éxodo definitivo hacia la ceja de selva. Los que quedaron, reunidos en junta de vecinos con el alcalde a la cabeza, decidieron vender las bancas de cedro de la Iglesia. Las sacaron con sigilo y las llevaron hasta Ica, rematándolas a buen precio. Con el dinero compraron víveres e hicieron una olla común que duró varias semanas. Como aquello fue un hurto sacrílego, se mantuvo el hecho en absoluto secreto con la intención de reponer las bancas apenas mejorase la pesca. Temieron la condena del pecado eterno, pero evocaron al patrón San Pedro que negó tres veces a Cristo en momentos de incertidumbre y peligro. Matías Zapata, el sargento del puesto policial, se hizo el desentendido. Más preocupado estaba porque unas semanas atrás, en la época en que los jóvenes de la localidad aún no había migrado, aparecieron pintas en la pared del local: La rebelión se justifica. Viva la lucha armada.

Don Matías decidió irse hasta Pisco e informar del suceso en la Comisaría. A los dos días regresó furioso, recogió sus bártulos, maldijo al pueblo de porquería y cerró el puesto policial marchándose con los otros policías destacados. El alcalde informó después —según le había explicado Don Matías— que no tenía ningún sentido arriesgar armas y hombres en un lugar tan inútil como desprotegido. El hecho no causó mayor impacto. El único robo sospechoso en los últimos cinco años fue el caso de la bodega San Ramón, cuando un día empezó a desaparecer la mercadería. Primero fueron galletas, pasas y chocolates que se guardaban en grandes frascos de cristal sobre el mostrador. Aparecieron vacíos en la playa algunas horas después. A los pocos días la tienda amaneció patas arriba con las cajas de cartón destrozadas, los encajes, hilos y cintas de mercería desperdigados por el suelo, las bolsas de cereales abiertas y desgarradas, los detergentes nadando sobre ríos de aceite y gaseosas que corrían por el piso y desembocaban formando pequeñas lagunas en la calle. Las latas de conservas aplastadas y los patés y mantequillas estallados contra la pared. Fue un pandemonium que produjo una crisis nerviosa a don Panchito, el propietario del establecimiento. Se habló de que aquello más parecía una venganza que un robo. Se creyó que la culpable era la loquita del pueblo: una mujer de treinta años que todavía se pasea con el pecho desnudo por las calles desiertas golpeando con un palo una docena de vasos de plástico rojos, azules y amarillos atados con una soguilla y cantando villancicos de navidad. La detuvieron. La amenazaron. La bañaron en el mar para alejarle los malos espíritus. La golpearon sin piedad con toallas mojadas. Le pasaron el cuy por el cuerpo. Hicieron una mesa con un curandero jaujino invitando especialmente al sargento Matías para que indagase por el culpable de los desmanes. Días más tarde aparecieron arrancadas y despedazadas las redes de pescar. Los cristales de la casa del alcalde, molidos a pedacitos. Las vecinas comenzaron a guardar las sillas y las mesas que solían dejar en la vereda durante las

noches. Se perdió la tranquilidad. Los pescadores recogían sus redes y escondían los cestones de pesca. Hasta las flores del parque fueron encontradas aplastadas y desperdigadas por toda la plaza principal. Los pobladores llegaron a la conclusión de que sólo podría tratarse de una banda de almas perversas que vagaban entre las casas vacías de la calle principal. Residencias obscuras de ventanas enrejadas con lamparines de bronce y techos apolillados que nadie osaba profanar, construidas por las familias de Lima e Ica cuando todavía en las playas se desplegaban carpas de colores y las sirvientas negras caminaban con sombrillas y delantales blancos. Ahora eran un cementerio de ladrillos inútiles, ocupado por voces y movimientos siniestros de quienes las habían habitado. Estas ánimas no habían alcanzado la gracia de Dios y tenían que ser purificadas para llegar al descanso eterno. Se barrieron las calles, quemándose vestidos y desperdicios en las cuatro entradas del pueblo. Cirios encendidos fueron colocados en las viviendas, regándose los caminos con ceniza. Durante tres días los habitantes cantaron y rezaron mientras corría el aguardiente de boca en boca. Algunas mujeres del pueblo armaron dos altares con estampitas y hojas de palma, uno dirigido hacia el norte y otro hacia el oeste según soplaban los vientos. Al cuarto día se dio por terminado el lavatorio, y el escándalo desapareció tan rápido como había surgido, retornando las almas gentiles a los santos sepulcros. Así todos volvieron a caminar tranquilos por las noches protegidos por imágenes sagradas de San Antonio y la Virgen del Carmen. El más afectado con la historia fue don Matías, quien perdió la poca credibilidad que aún conservaba. Desde esa época andaba medio borracho rezongando contra su desgraciada suerte, contra aquel pueblo miserable infectado de ánimas vengativas y aires de mala leche, y en donde ni siquiera le había sido dada la oportunidad de un ataque armado al puesto policial, enfrentamiento cuya victoria a favor suyo él daba por descontada, y que cuando menos le hubiese valido un ascenso. Don Matías y sus hombres se fueron una noche. Dicen que escu-

pió tres veces frente a la iglesia y delante de la puerta del Padre, la más sagrada y venerada. Luego defecó en el patio de la casa del alcalde a la usanza de los ladrones que creen que así se transmite la mala suerte y se protegen de ulteriores venganzas. Cuando en los días siguientes el local poliical apareció con las ventanas y las puertas trancadas, la gente lo olvidó con indiferencia, como a otros recuerdos que ahora se están borrando desasidos del tiempo, como cadáveres de los que nadie habla y en los que no se piensa.

En esta mañana de invierno, la loquita del pueblo está sentada bajo las dos grandes palmeras de la plaza que se mecen al viento frente al mar. Un grupo de chiquillos juega sobre la arena de la playa cercana a las escaleras derruidas del malecón. Viejos pescadores extienden sus redes para limpiarlas mientras conversan con dos vecinas que llevan fuertemente asidas a sus manos dos grandes bolsas de lona dentro de las cuales se agitan bultitos que maúllan. ¡Ya pues, chibolos! ¡Lárguense de aquí! caray, ¿éstos no tienen colegio? grita una de ellas alejando de un manotazo a un chico que trata de husmear entre las bolsas. "A ver, don Pedro, a ver si me echa usted estos animalitos al mar" El hombre coge un remo. Con un rápido giro en el aire, da un palazo estrepitoso a una de las bolsas de lona. Un chillido inmenso ensordece las voces de los niños que callan de pronto. El hombre vuelve a dar otro palazo en medio de maullidos atroces, espinas dorsales quebradas y llantos de bebé mientras la bolsa de lona comienza a humedecerse en la base y gotea sangre. El hombre transpira. "Mejor es así, comadre". "Ay, pues, si será usted malo don Pedro. Ya me desgració esta bolsa que bien fuerte que es. ¿Para qué me va a servir ahora, con pellejo de gato aplastado y así toda mojada de sangre?. La tendré que hervir con jabón. Oiga usted, caray, con lo caro que está. No, no, a ver si me cuida esta otra bolsa. Yo prefiero que me eche los animalitos al mar. ¿No sale ahora a pescar?. Hágame el favor". El chillido ahora es un maullido lento y apagado. "Tanto

animal por gusto, don Pedro. ¿Para que tendrán hijos esas gatas desgraciadas?" "¡Ustedes, chiquillos, fuera de aquí! Están embarrando todo de sangre! Fuera! Fuera!" "No tienen colegio, comadre, de seguro que han suspendido las clases otra vez". "Total, igual es ¿no? hasta mejor creo, porque hay que caminar duro hasta la carretera para llegar al colegio. ¿Y para qué? si ni pupitres ni sillas tienen". "Bueno, así es en este pueblo de mierda, hasta que crezcan, se larguen, hasta que sólo nos quedemos los viejos y nos muramos"..., "Ya chiquillo muévete". "Ey, váyanse que se me escapan los gatos". "Una patada en el poto les daría yo y rapidito se irían a trabajar! chibolos ociosos!" grita una de las mujeres mientras los ve correr hacia la playa. "Bailar partorcillos, bailar en Belén, Jesús ha nacido, será nuestro bien. Todos le llevan al niño, yo no tengo que llevarle. Llevaré mi corazón". "Sí loca, ya, ya, un choclo te voy a poner de corcho en la boca". "En el portal de Belén hay estrellas, sol y luna. La Virgen y San José y Jesús que está en la cuna". "Ya, cállate loca! cállate loca de mierda! "Rosas le dieron al niño. Rosas le dio San José. Rosas le dio la virgen y los pastores también". "Fuera de aquí, carajo! Mire don Pedro cómo estamos, pues. Hasta en boca de una loca está el nombre de Jesús". "Comadre vea, cómo allá esos chiquillos holgazanes están yéndose por la playa. De seguro a sobarse la verga. Yo a chicotazo limpio los haría trabajar". "Bailar pastorcillos, bailar en Belén. Jesús ha nacido, será nuestro bien". "Carajo! calla mierda!"

Los niños, a lo lejos, caminan sobre la arena mojada. Uno de ellos, Wilbert, no es tan grande como para estar en la escuela, pero sí lo suficientemente despierto como para querer saberlo todo. "¿Eran malos los gatitos?" pregunta. "¿Cómo se te ocurre? un gatito chiquito nunca es malo". "Y ya no lloran?". "No, los gatitos muertos ya no lloran nunca. Para que no sufran más los botan al mar. Porque nadie los quiere", sentencia Gabriel. "¿Serán como estrellas?" inquiere Wilbert. "No pues, no te pases. Los anima-

les no se convierten en estrellas". "Sólo nosotros. Por eso es que el cielo está leno de estrellas". "¿De muchos niños?". "De miles y miles". "Caray, por eso es que debemos apurarnos, Wilbert". Este lleva puestas unas zapatillas enormes, muy viejas, que arrastra penosamente para no dejarlas perdidas en el camino. Está con una mano metida en uno de los bolsillos rotos del pantalón por donde salen los dedos. "Ven, acércate" dice Coco, el mayor de todos, atrayendo a Wilbert hacia él, acariciándole el cabello. "¿Los pescaditos también duermen de noche? ¿los voy a ver? "o seas tarado, Wilbert", responde Emilio. "No, no los vas a ver", afirma Coco. "Tengo miedo", gimotea Wilbert. "No te asustes, somos amigos", dice Gabriel cogiendo suavemente la mano del pequeño. Siguen caminando con Wilbert entre los dos. El agua azulada se encrespa de blanco y arroja una ráfaga de lluvia salada sobre los cuerpos de los chicos que sortean las pequeñas olas reventadas en la orilla. Marchan en silencio formando una hilera de figuras obscuras iluminadas por los rayos del crepúsculo. "Si quieres, quítate las zapatillas", dice Gabriel a Wilbert. "Mi mamá me va a pegar si me ve mojado", lloriquea el niño. "Tu mamá es una loca, por eso es que anda calata con esos vasos por ahí. Además estás empapado, ya te jodiste", dice Emilio. "Dame tus zapatillas, yo te las llevaré", repite Gabriel. Wilbert da un salto como si hubiera estado esperando ese momento mientras se quita precipitadamente las zapatillas. Libre de la carga, corre sobre las ondas marinas salpicándose la ropa. "Vamos, que nos estamos demorando. Pronto crecerá la marea y ya no podremos subir". "¿Hacia allá?" pregunta Gabriel señalando la altura escarpada de los peñascos al extremo de la bahía. "Quiero recoger conchitas" exclama Wilbert. "No, ya no hay tiempo", contesta Coco. "¿Lo podremos hacer mañana?" pregunta Wilbert abriendo mucho los ojos. "¿Por qué? ¿Ya no quieres que hagamos nada?" exclama de pronto Coco, mirando fijamente a Wilbert. "¿Será mejor que aquí?" pregunta Wilbert. "Mucho mejor, como un cumpleaños todos los días". "¿Y por qué no nos vamos todos

all?". "Es distinto, pues. Nosotros tenemos casa ¿no? ¿no querías estar con tu papá?". "Sí, aquí no me gusta' afirma Wilbert bajando la cabeza. "Miren! Los botes!" grita Emilio. Las olas han crecido y bambolean violentamente una hilera de barcas colocadas en fila como soldados esperando la orden de batalla. "Al ataque!' ruge súbitamente Emilio descubriendo invisibles enemigos y arroja con fuerza una piedra contra las olas, y otra, otra, seguido por Coco y Gabriel que corren tras él lanzando una lluvia de proyectiles que se estrellan contra la superficie del agua en medio de una guerra desatada entre gritos y empujones hasta que quedan rendidos y de pronto en silencio, mirando a Wilbert, que está ahí parado con las piernas flacas cubiertas de espuma, tiritando, observándolos, desde el otro lado, como pensando, pobrecito, siempre pensando.

"Bueno, está bien, subamos por las piedras hacia arriba", ordena Coco. "Allá está la Catalina", señala Gabriel con el dedo índice. Una montaña de rocas delinea el trazo caprichoso de una imagen pétrea sobre la línea infinita del horizonte. "Una sirena embrujó a la Catalina", exclama Gabriel. "¿Qué pasó?" pregunta Wilbert mientras es arrastrado blandamente por los brazos de Coco y Gabriel. "¿Qué pasó?" repite de una manera extraña, como si en realidad no estuviera escuchando nada. "Las sirenas son como brujas que aparecen de noche para engañar a los viejos" contesta Gabriel. "¿No son buenas?", interroga Wilbert. "Ninguna bruja es buena" declara Coco. "Si aparece una de ellas, no hay que mirarla". "Ni hablarle", asevera Gabriel. "Se ahogó el esposo de la Catalina y entonces ella venía todas las noches y lloraba aquí, sobre las piedras, esperando que el mar trajera al muerto". "¿Cómo lo sabes?". "Me lo dijo Venancio". "¿El que tiene El Pirata?". "Claro, es el más viejo de todos". "¿Cuántos años tendrá?". "Pues como treinta". Empiezan a ascender entre las rocas. Los dos mayores sujetan a Wilbert. "Ya vamos a llegar". "Su mamá lo va a buscar". "Nadie sabrá nunca nada". "Tú no

has hablado?". No, no". "Mi mamá me va a pegar con el palo" lloriquea Wilbert. "Ya no podrá, te lo juro, nunca más" responde Gabriel. "¿Como una estrella?" pregunta Wilbert. "Serás como una estrella", contesta Gabriel. Suben hasta las rocas más altas esquivando la olas furiosas. "Cierra los ojos" dice Coco a Wilbert. Este obedece arrugando fuertemente los párpados. "Aprieta los puños" ordena Gabriel, y se retira un poco hacia atrás. Coloca las zapatillas de Wilbert a un costado. "õEstás listo?". "Sí! responde Wilbert conteniendo la respiración. "Ya!" grita Coco, y Gabriel dando un fuerte empellón arroja a Wilbert hacia el fondo del precipicio marino. Ven caer el cuerpo directamente hacia un remolino de agua. Quedan unos minutos en silencio contemplando cómo desaparece la mancha agitada de Wilbert en la superficie interminable y obscura. Emprenden el camino de regreso deslizándose lentamente por el acantilado. "Cuando uno es chiquito la estrella es más grande" afirma Coco con cara de adulto. "¿Como aquella de allá?". "Como ésa". "¿Ya nos estará viendo no?". "Pues claro, pucha, él ahorita es una estrella".

LONDRES, SEPTIEMBRE DE 1939

Los veo a todos cautelosos, esquivando muecas de dolor fúnebre; me veo a mí, sereno, recostado entre estos almohadones que cercan mi muerte; reclinado en esta bella casa que no soñé poseer, no me abandono al sueño. La atmósfera está cubierta de niebla afuera, en el jardín; la tenue cortina de batista que mi buena Paula ha escogido con esmero; la silla mecedora, el toldo, lo maceteros cubiertos de flores amarillas y blancas. Recuerdo —ignoro por qué razón— ahora en estos momentos en que sólo he de pensar en lo trascendente, en lo imperecedero, a ese muchacho Salvador —que me presentara Stefan— de cándidos ojos fanáticos, apasionado como buen español, y con gran maestría técnica. Me hizo dos retratos y juzgó que mi cráneo era semejante a un caracol. Vi su mano diestra deslizarse con holgura sobre el papel, delinear los trazos. Lo envidié. Envidié la pureza transparente de sus impulsos, la frescura de su desenfado. Antes de conocerlo, pensaba —equivocadamente— que era un desatinado. Tantos años batallando contra esta proximidad del fin inevitable, alzándome como un Dios entre las sombras, guiando discípulos, haciéndome un templo. Cada figura que observo en esa fotografía de los muchachos de nuestra Primera Sociedad me produce aún cierta desazón: el fiel Ernest, ingenuo y pertinente. Pobre Otto, terminó víctima de sí mismo, quizá es cierto que la locura no tiene aún, en el conocimiento propio de nuestra cultura, retorno posible hacia la luz. El desleal Karl, petulante, presuntuoso pero inteligente. Mi amada Marie, seductora y

distante. Ah, el amor, el deseo, las fantasías y los sueños, vivimos un mundo de ilusiones permanentes, gozamos de los fantasmas y éstos a veces nos atormentan. Ustedes, todos ustedes, creyeron en la razón, en la dirección minuciosa y ordenada de altos edificios teóricos de frases innombrables, de laberintos mentales tortuosos e inexplicables, de extensas bibliotecas y de juegos de palabras, de conjeturas descifradas, de gestos imprecisos, de intuiciones naturales. Pero hemos repetido el mismo juego una vez más, el infinito engaño de nuestra propia naturaleza: cuántos pensadores hemos recorrido los vericuetos mercantiles de las ciudades, descrito los conflictos sociales, sellado los devenires históricos, prologado el porvenir. Hemos creído delinear los futuros y revelar el secreto de nuestras entrañas, nominado los sueños y previsto las batallas. Quizás mi cráneo se parece, ciertamente, a un caracol. Tal vez la llave mágica del secreto, lo sospecho, quizás lo sé ahora que desciendo a la última obscuridad, sólo la tuvieron aquellos hombres primitivos que dibujaron con sus trazos puros y etéreos, en aquellas cavernas gigantescas, con el candor de nuestra raza, las verdades absolutas antes que el lenguaje otorgara un vestido disímil al deseo. Ah, mi querido Sigmund, qué dura incertidumbre. Has dejado a tus muchachos en la perplejididad. Pero no ha sido en vano, lo sé. Si verdaderamente, con devoción, han recogido mi antorcha, las dudas se perpetuarán mientras dure nuestra especie.

EL SIGUIENTE ACTO

Hemos mentido. Hemos una y otra vez mentido siempre.

Vicente Aleixandre

Había sido extraña la insistencia de Santiago en ver el espectáculo aquella misma tarde de domingo, en medio del calor y la molicie de un verano insoportable. Sin entender claramente por qué lo hacía, Isabel se arregló especialmente para la ocasión, colocándose los aretes de plata labrada, vistiéndose con lentitud, ocupándose del detalle, como preparando su propio ofrecimiento, su marcha hacia un lugar de sacrificio. Todo alrededor de su cuerpo fluía y rodaba. Nada de lo que sucediera en torno a ella podría ser sorprendente. Hasta la belleza que el espejo le había devuelto antes de salir de la casa apareció como una verdadera provocación. Entonces, tuvo que vencer al hastío en el que hubera preferido abandonarse, cruzar las calles despobladas sorteando los vehículos que llegaban a la ciudad desde las playas del sur. Ahora, sentada y quieta, con la bolsa de papas fritas en la mano, en medio del silencio de la sala de teatro, sintió frío. Contempló a Santiago al lado suyo. Tenía aquella seriedad apacible que despertaba ternura y la mirada, fija en un punto vacuo situado entre los espesos cortinajes del escenario. Al llegar, él había deslizado el brazo sobre sus hombros con esa complicidad dul-

ce que a ella siempre le producía sosiego. Luego, bruscamente, él se había recogido en su asiento, desconectándose, como buscando rescatar su cuerpo de aquella proximidad física. Isabel percibió da pronto que toda la escena que estaba viendo en aquel instante provenía de un lienzo que ella habría observado alguna vez, o era parte de un sueño que a través de misteriosas raíces la remontaba hacia espacios familiares y voces antiguas.

Las luces del teatro se apagan y cesa el murmullo.

El escenario está lateralmente iluminado. Un dormitorio amoblado sin lujo. Una ventana al fondo cubierta por una cortina blanca. En un costado de la habitación, una cama de dos plazas, desordenada, sobre la que está recostado un hombre con el torso desnudo y cubierto por una sábana. A la izquierda, una maceta y un pequeño arbusto. A la derecha, una mesa de noche encima de la cual un teléfono comienza a repicar. El hombre levanta el auricular.

—¿Aló?

En el extremo de esta primera escena, los reflectores iluminan otro lugar en donde se observa a una mujer sentada sobre un sofá sosteniendo un teléfono entre sus piernas. Al lado de ella, una lámpara de pie. Detrás, un espejo de grandes dimensiones.

— Soy yo, Matilde (Con voz apagada).

— Sí, te escucho. (El hombre se acomoda en la cama)

— Quería hablarte.

— ¿De qué? (Emite un bostezo)

— Creo que aún tenemos de qué hablar. (Ella juega con el cable del teléfono entre sus dedos)

— *¿De qué? (Repite moviendo la cabeza y haciendo un gesto de fastidio).*

— *De todo lo que hemos dejado pendiente. (Ella se levanta cogiendo el aparato telefónico y se dirige hacia el espejo. Se mira.)*

Santiago estaba ensimismado cuando escuchó el crujido de las papitas crocantes. Es de un gusto atroz comer en el teatro, pensó. Miró a Isabel de reojo. ¿Dejará de morder las papitas? el perfil de ella se dibujaba bajo la penumbra. Era difícil llegar hasta el final, pero no se podía seguir así, vacilando, dudando. Una determinación rápida le prometía tranquilidad. Nada de retroceder invocando al dinero o la familia. Lo importante es lo que uno siente, se dijo reflexivo. Tarde o temprano tenía que ocurrir. Ya no había retroceso posible. Sufrirá. Isabel sufrirá.

— *Matilde (Con tono impaciente sentándose sobre la cama). Siento que he sido lo suficientemente explícito. Yo no tengo nada de qué hablar.*

— *(Con inquietud) Pero hemos vivido juntos durante cuatro años (Sigue contemplando su rostro ante el espejo).*

— *También hemos tenido un exceso de discusiones. Estando juntos nos hacemos mucho daño, lo mejor incluso, es no vernos más. (Con determinación).*

— *No es justo ni para ti ni para mí. (Agitada)*

— *Por favor. (Malhumorado).*

— *Estoy segura de que me has mentido (Contiene un sollozo).*

— No seas paranoica. No te he mentido. No nos llevamos bien, somos diferentes. Eso es todo. Te llamaré luego. (Se despide y cuelga el teléfono).

Se apaga la luz en aquella zona del escenario.

En el ángulo opuesto, la mujer ha quedado con la cabeza ligeramente inclinada sobre el pecho, delante del espejo. Deposita lentamente el auricular sobre el aparato.

La decisión ya la había tomado desde el momento en que comprendió que sus gastos se habían convertido en exorbitantes. Ella no se daba cuenta, seguía soñando. Qué falta de previsión, qué desatino. Isabel no escatima los pedidos más insólitos, los detalles excesivos que llamaba necesarios. Que el mueble debe ser de esterilla china, que si la alfombra no es verde hoja, no va, se necesita un escritorio, una lámpara de pie. Basta, basta. Ya no gastaría un centavo más. En la Compañía era sujeto de algunas suspicacias, él lo percibía: pensaban que se estaba volviendo un desorganizado. Cada mes el presupuesto tenía que ser estirado y siempre andaba solicitando cheques adicionales. Los socios eran enemigos de la improvisación. ¿Lo veían con malos ojos? ella era una derrochadora y esos hábitos formaban parte indudable de un estilo de vida cifrado en el descuido que por supuesto se expresaba en todos los ámbitos del trabajo. ¿No se había marchado el padre dejando varias deudas que la madre de Isabel había pagado hasta su muerte? Y aun así, él recordaba los sueños fantásticos de la anciana, inventando negocios, proponiendo proyectos comerciales que jamás existirían.

En el pequeño salón de la primera escena, dos mujeres están sentadas sobre el sofá. Detrás, un espejo de grandes dimensiones.

— *Matilde, no puedo creer todo lo que me dices. (Hace un gesto de extrañeza).*

— *Eres mi mejor amiga, Nora. Es cierto. Tenía que contárselo a alguien. (Moviendo la cabeza con desánimo). Me dijo que estaba muy confundido. Le pedí entonces que se fuera de la casa, que lo pensara. (Enciende un cigarro). El lo hizo inmediatamente, como si estuviera esperando que yo se lo dijera.*

— *No sabía que se llevaban tan mal. (Dubitativa) No lo parecía. ¿Cómo empezó todo?*

— *Yo misma no lo sé. Teníamos discusiones, algunos pleitos domésticos, pero no eran relevantes para mí, aunque, espera (Queda absorta El siempre estaba agresivo conmigo, desde algunos meses atrás. Se quejaba de todo, se disgustaba por los más mínimos conflictos. Nunca se había comportado así.*

— *¿Cómo no me lo dijiste antes?*

— *Es que no tenía nada que decir. Pensaba que era malhumor. Traté de hacerle la vida agradable. Una noche, estoy ordenando los libros. De pronto descubro que él ha comenzado a colocar su nombre en aquéllos que ha adquirido recientemente. No había hecho algo semejante en los cuatro años que llevábamos viviendo juntos. Se suponía que los libros eran nuestros, eran comunes. Le pregunté por qué lo había hecho (Con voz adolorida). Me respondió que eran SUS LIBROS (Acentúa estas dos últimas palabras). Y eso no era cierto, pero en fin. ¿Qué decirle cuando las cosas estaban así?*

— *En la próxima oportunidad, harás bien en mantener tus libros separados ¿no?*

— *¿Qué dices? (Curiosa).*

A Isabel le falta sentido de realidad y mesura, pensó. Además era tan terca y rebelde, no se sometía. Una lástima. Dos años de relaciones y los intereses comunes se habían asentado. Así era muy difícil desprenderse, hablar. En la Compañía se quejaban todos de la falta de integración que ella mostraba, su alejamiento, su aparente contrariedad. Y para él, los vínculos con los socios y con la Compañía eran vitales. No podía trabajar con aquellas aristas entorpeciéndole los flancos de su existencia.

— *Tú estableces el juego de la propiedad común, aparentemente mutua, es decir, de ambos. Uno interrumpe el acuerdo. Me pregunto (Sonriente) si esta mutualidad era una fantasía tuya.*

— *No entiendo nada.*

— *Ya comprenderás.*

— *Decía que éramos como el agua y el aceite. Bastaba que a mí se me ocurriera comprar una planta para que él opinara que yo dilapidaba. Me sentía culpable. Llegaba tarde del trabajo. Afirmaba que andaba sumamente ocupado y a la menor contradicción reaccionaba violentamente; yo trataba de evitar las discusiones.*

— *¿Y cómo le iba en el trabajo? (Distraídamente)*

— *Mal.*

— *¿Por qué? (Enciende un cigarro)*

— *Tenía dificultades. Pronto dejó de contarme sus cosas. (Queda en silencio)*

— *Vamos, Matilde. (Se alza de hombros). Lo mejor en estos casos es olvidar.*

— *¿Olvidar qué?*

— *Todo, mujer, todo.*

— *Dios. (Preocupada). Estoy segura de que está atravesando una crisis. Lo veo tan cabizbajo y descuidado. Tan cambiado. Pero ¿sabes? Vino anteayer a ver unas cajas que contienen su ropa y sus libros. Le dije que si deseaba, podía llevárselas. Me contestó que no las necesitaba. Debe estar pensando en regresar, ¿verdad?*

— *Eres una tonta. Primero te hostiliza, después te va midiendo, es lógico. Se va un día sin mayores explicaciones. Te sumes en un mar de cavilaciones y después lo compadeces.*

— *Nora (Haciendo un gesto de incertidumbre) ¿Cómo no me voy a ocupar de él? No comprendo.*

Ella vivía insatisfecha con sus ocupaciones, recordó Santiago. Quería dejarlas y emprender otro estilo, le seducía el arte experimental. Qué locura. El no podía arriesgar su seguridad y su prestigio con aquellas divagaciones. Qué pereza. Si ella lo decidía, no podrían continuar juntos. De ninguna manera. Le había estado dando vueltas al asunto desde hacía más de tres semanas. El insomnio le acechaba. Necesitaba descargarse, de una vez. La Compañía le producía intensos dolores de cabeza, no podía lidiar con el personal, empezaba a tener una desazón larvada que pronto lo llevaría hacia la depresión, si es que antes no tomaba las medidas del caso.

— *Debe estar atravesando una crisis personal, qué sé yo, quizás el trabajo. Su relación contigo no fue suficiente para paliarle los sinsabores. (Pensativa). Si además, por todo lo que me*

cuentas, habían peleas producto de la convivencia prolongada, cierta competencia que se da en cualquier pareja bajo estas circunstancias, como delegarse las tareas domésticas o establecer culpabilidades, entonces es fácil que uno atribuya al otro la responsabilidad de la crisis.

— *¿Cómo?*

— *La vida es como un juego de azar. Uno no puede apostar todo a una sola carta porque puede perder. Se apuesta en la pareja, en el trabajo, en la militancia política, en fin. Si se pierde en alguna de ellas, todavía quedan las otras. Lo terrible es apostar a una sola alternativa. (Apaga el cigarro).*

— *Sí, lo sé.*

— *Además, cada apuesta tiene un valor determinado. Cuanto más intensa sea mi pérdida, más intenso será el deseo de resarcirme en las posibilidades restantes. En una militancia, la pérdida está mediatizada por la esperanza de la utopía, que siempre existe. En el arte ocurre algo semejante. El artista esperará que la siguiente obra sea mejor que la precedente.*

— *Entiendo.*

Llegaba a los cuarenta años convertido en un productor, un empresario cuya imagen desdeñaba, lejano al glorioso futuro que habían imaginado sus años juveniles. Era imperativo desasirse. Desasirse. "¿Quieres dejar de masticar?" dijo Santiago. "¿Te disgusta?" preguntó ella. "Siempre me ha disgustado" respondió él. Lo hago al propósito, pensó Isabel. Es una forma de importunarte, de llamar tu atención. Es mi protesta. La única. Deseaba otra vez sentir el brazo masculino sobre su cuerpo. Sentirlo. Atravesar el espacio glacial que ahora se abría como un pozo obscuro. No, no es posible quitarnos las máscaras con el maquillaje, la luz, las

decoraciones, el fondo musical, se dijo. Nuestra desnudez es nuestra única verdad. La más íntima verdad. ¿Cómo arrancarnos este ropaje?

— *Si él perdió en el trabajo, buscará restablecer su poder mediante el éxito o el amor. Necesita emprender ahora una nueva travesía, que lo gratifique, que lo haga sentirse importante. Otra apuesta.*

— *¿Y? (Confundida)*

— *La mayoría de hombres no aman como lo hacen las mujeres. Ellos las vencen, quieren conquistarlas. Contigo ya no lo hará. Entonces tú quedas fuera de este juego.*

— *Todo esto es inhumano.*

— *Así fueron establecidas las leyes de este juego. No va a dejar el trabajo porque pierde el sustento. ¿Y lo afectivo? ¿Tú acaso significas ahora una pieza deseable? Ambos se conocen demasiado bien para admirarse. ¿Qué es el amor? ¿Atracción? ¿Deseo? ¿Y sobre qué cimientos se construyen las fantasías y los sueños? Es así. (Comprensiva). El ahora será una víctima y buscará nuevas etapas de enamoramiento en donde el comienzo del romance es la conquista, siempre feliz. Entre dos personas nuevas se puede vivir el espejismo de la solidaridad infinita. Cada uno juega a gustar al otro. Es una apuesta deseable.*

— *Pero ¿el amor, la lealtad? ¿Acaso no existen?*

— *Matilde, los amores absolutos no existen. Déjalos para los veinte años. A nuestra edad, el amor es una especie de contrato que a veces puede rendir buenos dividendos.*

— *Complejizas todo. (Dudosa). Es muy fácil decir esto cuando no se está en mi pellejo. Yo he sido bastante desconsiderada con él.*

— *Siempre lo mismo. Se supone que conocemos el universo, programamos hasta los menores detalles de nuestra vida, y todavía no aprendemos a vivir en paz.*

— *(Sin escucharla). El dijo que me llamaría esta semana. Compraré ropa nueva, quiero modernizarme.*

Isabel se quedó estática. Ya recordaba, sí. El salón de juegos de la casa paterna. Las paredes del teatro tenían el mismo color melón. ¿Sería por eso que todo parecía un sue ño? como en la lejana época del horizonte imperturbable cuando aún era una niña. Se asfixiaba. Estaba cercada. El le hablaría. Sí, lo presentía. Nada que ella hiciera podría evitarlo.

Una pequeña sala decorada con flores blancas. Una mujer, sentada frente a una mesa en donde está servido el desayuno. Frente a ella, untando mantequilla al pan se encuentra el actor de la primera escena.

— *¿Has hablado con Matilde? (Se sirve azúcar con una cucharita).*

— *Sí, Zoila sí. (Taciturno) Que piense lo que quiera. Sólo le expliqué que no podemos seguir haciéndonos más daño.*

— *Generalidades. Dile la verdad. (Suavemente)*

— *Es mejor así. (Se lleva la taza a la boca)*

Luego comprenderá sin rencores excesivos. ¿Para qué decirle todo?

— *Yo en su lugar (afirmando con la cabeza) preferiría la verdad. Así no me hacía fantasías de ningún tipo.*

— *Te ruego que no te metas en esto. (Fastidiado)*

— *Tengo todo el derecho de meterme. Sólo te aconsejo que mantengas relaciones cordiales pero distantes. Va a empezar a quejarse. Lo que más le va a disgustar, puede ser lo del dinero. Tú siempre la has mantenido. (Incisiva)*

— *Sólo le interesa el dinero. (Confirmado)*

— *Qué tal frescura. (Indignada)*

— *El único que mantuvo esta casa durante todos estos años, fui yo.*

— *Es el colmo. (Insiste)*

— *Es que así fue nuestro trato. Mientras ella no conseguía trabajo.*

"Es un dramón", afirmó Santiago en voz baja. "¿No existe?" preguntó ella. "Por Dios, el ochenta por ciento de las producciones son triángulos amorosos", contestó él. "La idea es buena", respondió ella. "Banal" continuó él. "Lo vivimos" afirmó ella. "Contigo no se puede discutir" respondió Santiago. "No aceptas opiniones contrarias", prosiguió. "Lo único que digo es que la puesta puede ser convencional, pero el argumento me gusta", exclamó ella. "Puede haber teatro sin texto. Sólo son indispensables los actores y los espectadores", murmuró él. "¿En qué piensas?" preguntó ella. "Lo cuestiono todo" respondió él. "Sé perfectamente adónde quieres llegar" aseguró Isabel. "Es mejor que te des cuenta, no quiero ser agresivo" dijo Santiago. "Después de todo tú eres el que manda" respondió Isabel. "Ya hemos conversado esto otras veces" masculló él.

— *No seas inocente. Cuando una quiere trabajar, lo hace. Lo que pasa es que te estuvo explotando.*

— *No fue así exactamente. (Protesta)*

— *Lo que ocurre es que tú no te valoras. (Alzando la voz)*

— *Yo he dado mucho por la relación. (Convencido)*

— *Ahora ella va a manejar tu culpa. (Hace un gesto de desagrado)*

— *Me siento culpable. (Pensativo)*

— *No tienes por qué sentirte así. La has mantenido. ¿Qué te ha dado ella?*

— *No es un intercambio de cantidades.*

— *Peor para ella, el cariño se gana. (Golpea la mesa con la mano.*

— *No hablemos más de esto. (Se levanta, se acerca hacia ella y la acaricia.)*

— *¿No vas a tomar café? (Mimosa)*

— *No. (La besa en el cuello)*

"El siguiente acto es el más entretenido" murmuró Isabel. "¿Por qué lo dices?" preguntó Santiago. "¿No te parece que puede haber un final impredecible?" inquirió ella. "No lo hay" contestó él. "Salvo que tengas alguna propuesta especial, digamos ,algo así como tomarnos un trago en algún sitio". "No"

afirmó ella. "En este caso prefiero la improvisación". "Entonces, mejor caminaremos un poco" —propuso él en voz baja. 'No es lo más apropiado para el próximo acto", comentó Isabel. "Salgamos" pidió Santiago. Ella asintió con la cabeza y se levantó tratando de no hacer ruido. Caminaron en silencio por el pasillo. Afuera, corría un viento fresco en aquella hora. La calle ya no estaba gris ni clara. Un tinte azulado de neblina cubría la obscuridad de la tarde como un vapor sobre el que flotaban las sombras. "¿Qué te pasa?" preguntó ella bruscamente. Santiago no contestó. "¿Es la Compañía, verdad?" continuó ella. "Isabel, para mí esto es muy difícil. No sé cómo abordar el tema, verás" dijo él. "No des tantas vueltas" exigió ella. "Tu labor es muy criticada. Los socios se han quejado de la dirección artística y de la escenografía" aseguró él. "Por eso quería venir a ver la pieza contigo" continuó Santiago. "La sala estaba vacía y ha sido así desde el primer día" él dio un largo suspiro. "Con la última puesta que montaste fue igual" terminó él. "Estamos en pleno verano, es asunto de la temporada" protestó ella, "No has leído las críticas? por primera vez estamos montando algo de calidad, hemos recíbido estímulos como nunca" aseguró Isabel. "¿No entiendes?" respondió él irritado. "Este argumento es una cagada. Tengo que hablarte así para que comprendas. Diálogos quejumbrosos y aburridos. La gente viene a divertirse, a vacilarse. Tu contrato, Isabel, es muy caro para nosotros. Estamos trabajando a pérdida" masculló él. "Tú, ¿qué puedes decir?" exclamó ella con voz sarcástica. "Eres un empresario sin criterio artístico. Lo único que quieres es dinero. Mucho dinero. No quisiste arriesgar. Me has estado serruchando el piso durante todo este tiempo, urdiendo intrigas con los socios, a espaldas de mí. Los actores me lo decían. ¿Creías que no lo sabía, verdad? tú, mi amigo. Lo que deseas es café teatro. Te iría muy bien, en eso sí que eres un buen productor. No te importa que otras personas y yo nos quedemos sorpresivamente en la calle, sin previo aviso. Podría denunciar a la Compañía" sentenció ella. "Es mejor que lo dejemos así. No podemos seguir trabajando juntos, nos hacemos mucho daño.

Soy un productor ejecutivo, necesito un buen director artístico. Este es mi oficio", dijo él. "No es justo ni para tí, ni para mí, Santiago, ¿regresas a lo de antes? ¿espectáculos baratos y vulgares?" preguntó ella. "Nada. Ya van dos años y la cosa anda mal. Hasta aquí llegamos. Lo siento, Isabel. De veras. La próxima semana tengo una reunión con los socios. Me imagino que este lunes haremos tu liquidación definitiva" dijo él. "Dime por qué" pidió ella. "No tenemos nada más de que hablar" contestó él. Hizo un gesto lastimero y ambiguo. La miró. "No hay porqués" respondió él. Isabel se volvió. Santiago ya había detenido un taxi. "Lleve a la señora a su casa. Segunda cuadra de Juan Cavero, transversal de Conquistadores. Aquí tiene. Isabel, nos vemos, te tendré listo el cheque" terminó él. "El cheque', repitió ella mientras veía cerrarse la portezuela del automóvill. En un extremo del largo túnel que se abría ante sus ojos, el siguiente acto. Una bocacalle, una hilera de casas, alguna arboleda. Más allá, la ciudad.

LA VISPERA

Abrió la puerta del recinto e introdujo su figura en él. Depositó las túnicas sobre la banca de madera, al lado de la tosca mesa paseando su mirada entre las sombras ilimitadas de la tarde, buscando una presencia. Detrás del tejido ocre y opaco que separaba los espacios, cruzó la habitación hacia el lecho sintiendo en la obscuridad cerrada, el aire tibio, la tribulación atroz e inmensa como en el principio del mundo y los días infinitos de las tinieblas. La sospechó agazapando su cuerpo bajo las manta, temblorosa, como una virgen portando su lámpara aceitada hacia el encuentro del esposo; distinguióla a través del recorrido de sus manos, la calidez de la piel, el cuerpo tibio, extenso y ofrecido; aproximóse entonces, cercándola. La imagen clara sobre la cama, el cabello espeso, el pecho descubierto y quieto, el abdomen suave y palpitante. Tendido sobre ella, deslizándose en las oquedades blandas, escurriéndose, transpirando juntos en el vaivén del sudor lento y los labios, buscándose, agitados, confundiéndose en el placer interminable de las profundidades oceánicas y los quejidos, exhalándose en oleadas, abandonándose. Luego el silencio y la calma. El, irguiéndose de pronto, desnudo en la noche insepulta bajo el halo claro de sus rizos, la contempla. En la quietud turbada, ella, frente al hombre que ahora parte, "Mi Señor, te vas, demasiado pronto". Y él asiente con gesto sombrío y perpetuo, a María Magdalena, inmóvil, en aquel día primero de los Acimos, en la última Pascua.

LA ESCENA INCOMPLETA

Hurgando entre una pila de papeles aparentemente inservibles, Raymundo encontró una reproducción pictórica que a juzgar por el deterioro brumoso de sus bordes —gracias a los conocimientos propios de su oficio de anticuario— parecía corresponder a las ediciones que Morton seleccionó en el furor de 1938, cuando James Poor inventó la solución de Sal de Broca, juzgada ideal para obtener colores perdurables en aquellas reproducciones de pinturas hipocrómicas, tan características de la Baja Edad media. Indudablemente, pensó, aquél era un hallazgo fortuito.

La ilustración mostraba a un monje con las manos introducidas en una jofaina brillante color cobre, y sobre ellas dejaba caer agua, una especie de tetera del mismo metal colgada de una cadenilla; tanto la jofaina como la tetera estaban colocadas en una pequeña y elaborada repisa en la pared, como una especie de capilla repujada en madera. A un costado, colgado a manera de toalla, un largo lienzo blanco. El grabado corresondía a una escena trivial —el acto de lavarse las manos— así como la presentación de un lavabo privilegiado situado en un ambiente principal. El motivo absolutamente intrascendente, hecho que a Raymundo le llamó la atención, no evocaba la tendencia religiosa y sacra del momento histórico.

Pero lo que le desconcertó —y éste sí era el detalle curioso— fue el rostro del monje: tenía los labios contraídos y

los ojos muy abiertos, con una expresión incoherente y desproporcionada frente al automático gesto higiénico.

Julio Zurita, reconocido coleccionista de antigüedades, antes de viajar a Roma le confesó animadamente, mientras tomaba un café, que aquella pieza bien pudiera ser una de las que fueron distribuidas y adquiridas rápidamente en Colombia, en 1942, con la llegada de contrabando europeo en el vapor Fantasy, de bandera canadiense.

Raymundo, con exquisito placer, decidió incluir la reproducción dentro del inventario de sus pequeños tesoros domésticos. Trató de recordar dónde la había adquirido, pero no se imaginaba compra ni regalo alguno. Pensó que podía ser un traspapeleo casual del anterior dueño del establecimiento de antigüedades, quien le había cedido el negocio.

Próximo a cumplir los sesenta años, pocas eran las gratificaciones que en su vida silenciosa y obscura le producían regocijo. Preservar el pasado había sido su sobrevida en una era, la que le había tocado vivir, que no comprendía ni aceptaba. Por ello hallaba íntima satisfacción en rodearse de insólitas adquisiciones: un candelabro de Pujol; un gato Zig zag de cerámica, del que decían los antiguos sólo se encontraba bajo una estrella y se creía símbolo de una constelación; una cabeza de ónix tallada encontrada en un edificio de barro al interior de un canal subterráneo; una piedra taraceada y transparente como el cristal que emulaba una fogata blanca; grifos, quimeras y leones ondulantes labrados en madera, objetos amados, que eran como hijos engendrados por él.

Por las mañanas al despertar, sus ojos recorrían incansables la estancia buscando aquellos referentes vivos, y era aquél, el instante único en que comprendía que nada alteraría su desánimo dramático y cautivo como un reloj de hielo.

La figura fue colocada al interior de un obscuro pasillo, en la única pared disponible de la casa. Con el transcurso del tiempo, pasó a ser uno de los adornos que poblaban con su espíritu la superficie del espacio hogareño.

Por las tardes, soslayando el aburrimiento que la soledad y una cruda misoginia habían elaborado con los años, Raymundo se entretenía saboreando un licor mientras paseaba entre oníricas evocaciones exaltadas por su imaginación, fijando su vista en la figura del pasillo intentando responder a una vaga inquietud que poco a poco comenzaba a dibujarse. ¿Sería aquella imagen sólo una porción de alguna pintura de mayores dimensiones? ¿Estaría viendo el monje alguna escena ausente por un sesgado bárbaro? definitivamente, pensaba, ahí estaba la explicación. Manos ilícitas habrían despedazado el lienzo original para adquirir mejores ganancias y probablemente, para hacer desaparecer el objeto de un robo. Desde entonces, el espanto del monje pertenecía a una escena incompleta: sólo el espectador ocasional sería capaz de reconstruirla.

Con doblegada resignación, Raymundo entiende que cada uno vive en universos partidos o despedazados por el tiempo, en una realidad de fragmentos, de fases múltiples, de pequeños y sustanciales encuentros o desencuentros y que él ha llegado tarde —irremediablemente— a la modernidad.

Una mañana, antes de salir al trabajo, vuelve a reparar en el desolado personaje de la hornacina, y se conmueve otra vez ante el rostro induplicable que interpreta como un lamento llegado desde lo más profundo. ¿Por qué aquel terror indescifrable? una oleada de desprecio le ofusca. Se rebela contra las manos infames que han impedido, quizás para siempre, el goce completo y absoluto de su hallazgo.

Durante tres noches sucesivas Raymundo tiene un sueño que se repite. Está de pie en la obscuridad, desde un ángulo que le permite observar la sala de su casa. Sus pertenencias es-

tán embaladas. Quiere hablar y gritar pero ningún sonido brota de sus labios. Se encuentra detrás de un cristal que intenta golpear, pero sus manos, pesadas, no le obedecen. El sueño termina aquí y él se despierta agitado.

En los días que transcurren presenta lagunas mentales. Se olvida de nombres, cuentas, encargos. Siente que deambula fuera del tiempo, mirando la calle como a través de una pantalla de televisión. Sospecha que inevitablemente, la edad acomete con ensañamiento su lucidez.

Cierta noche recibe una sorpresa que lo deja atónito. La figura del monje tiene el rostro transfigurado: advierte perplejo que una expresión vacua ha sustituido el gesto de pavor que tanto animara su curiosidad. Trata de recordar las primeras impresiones que exaltaron su vista pero no le es posible.

Turbado, se recuesta en su cama quedando pesadamente dormido.

Unas voces lo despiertan. Abre los ojos y distingue a dos lejanas sobrinas a quienes no ve desde hace tiempo. Descubre que los muebles y objetos de la sala están siendo embalados.

—¿Tú crees que ya debemos mudar este fin de semana? —pregunta una de ellas.

—Sí, cuatro días son suficientes para terminar —contesta la otra.

La primera se acerca hacia él, lo mira.

—¿Has visto? Se parece al tío Raymundo. ¿Embalamos también este cuadro? pregunta.

—Por supuesto, está dentro del inventario —responde la otra mirándolo también a su vez.

Raymundo no comprende. Trata de hablar, de gritar. Sus labios no articulan palabra alguna. Está de pie, tiene las manos pesadas. Sobre ellas, una pequeña tetera colgada de una cadenilla deja caer agua. Con alivio, con humillación, con espanto, comprende que ahora, infinitamente, sólo podrá lavarse las manos.

EL CANTO DE LA MARIPOSA

La vio cruzar el parque entre los arbustos y las flores rojas, como la veía, interminablemente desde hacía tanto tiempo. Sus miradas se habían encontrado en el ascensor el día anterior, cuando descendían ambos al primer piso. Almorzaron uno frente al otro en el restaurant de la calle El Sol aquel mismo día. A las siete de la noche esperaron en el paradero la llegada del bussing.

El primer año la descubrió en San Marcos cuando se encontraba dictando un curso de literatura inglesa. Fueron encuentros anodinos y casuales en donde apenas recordaba vagamente un pañuelo claro anudado al cuello y un rostro ambiguo. Sentada en el patio de letras, en la biblioteca, caminando aprisa, revisando algún libro en uno de los kioskos cercanos o bien paseando con otras muchachas, era parte de una abigarrada multitud de caras y cuerpos que poblaban el despintado paisaje de la universidad.

Empezó a reparar más detenidamente en ella cuando la encontró una sola vez saliendo del consultorio de su analista aquel año. Observó entonces que tenía ojos hermosos y una cierta dureza en la cara acentuada por cejas pobladas.

Luego la dejó de ver y su figura se diluyó hasta perderse como las de otras muchachas.

Dos años después regresó de una beca que había recibido en la universidad de Princeton, alquiló un departamento en Chorrillos y reinició labores de docencia en la universidad.

Una noche vio de nuevo a la muchacha lejana del pañuelo claro en el ascensor del edificio. Desde entonces las coincidencias fueron asiduas. En pocos días precisó que ella habitaba en uno de los departamentos del segundo piso. ¿Vivía sola? Nunca la había visto acompañada. Estaba más delgada que antes y tenía la cara rodeada de cabello corto, rizado, suave, como la impresión tenue de una estampa antigua.

En el mes de julio, antes de fiestas patrias, salió a dar una vuelta por el parque vecino. No eran más de las siete de la mañana y la hierba todavía estaba humedecida por la lluvia nocturna. El aire frío refrescaba sus pulmones. Cerca del jardín, rodeado de una pequeña arboleda detrás del malecón, se perfilaba el acantilado que caía, obscuro, hasta el mar; las olas estallaban rabiosas sobre las piedras dejando oir un ruido sordo que se expandía y replegaba intermitente. Lo escuchaba ensimismado, cuando distinguió borrosamente unas voces. Vio a una pareja que parecía discutir enérgicamente. Una pelea de enamorados, pensó. Se dio media vuelta para seguir de largo, pero tuvo de pronto un presentimiento. Conocía aquella figura femenina: su vecina. En ese instante percibió raudamente el movimiento breve de un brazo en el aire y vio la bofetada. La muchacha trastabilló ante el impacto. Alcanzó a ver al hombre que se retiró rápidamente. Ella corrió en dirección contraria, hacia el acantilado. De pie, durante minutos eternos, quedó estática frente al precipicio. Luego dio media vuelta y se dirigió hacia el edificio.

Caminó aprisa detrás de ella y logró escabullirse al interior del ascensor que partía. La observó detenidamente: tenía los ojos vidriosos, la mejilla enrojecida, los labios temblorosos. Sin levantar la vista fija del suelo, la muchacha salió bruscamente del ascensor.

Desde aquella oportunidad, trató de reconstruir todos los encuentros, los detalles, sintetizar deducciones, ordenar sus propias conjeturas.

¿Quién había sido aquel hombre que la abofeteó? ¿Su amante? era poco probable que fuese un familiar o un amigo. La chica no tendría más de veinticinco años. Indudablemente tenía estudios universitarios, presumía que de letras. La recordaba entre una indefinida cosmogonía de títulos y autores, libros gruesos de crónicas, de cuentos, absorta con la cabeza semioculta bajo el brazo, sentada en la biblioteca, revisando páginas y letras de textos imprecisos. Conocía algo de psicoanálisis, o en todo caso, había tenido algún vínculo con su anterior analista, detalle que le pareció premonitoriamente accidental. Su situación económica, a juzgar por el departamento en donde vivía, era acomodada o por lo menos suficiente. Parecía no trabajar, pues no entraba ni salía en horas fijas.

Poco a poco empezó a divertirse examinando minuciosamente los datos. Sabía que algunas informaciones sustanciales le permitirían dar contenido a los gestos femeninos, recorrer sus fantasías, deducir sus sueños; podría labrar lo imaginario, podría revelar la imagen del deseo.

Acudió en horario puntual, al pequeño restaurant de la calle El Sol cercano a la casa. Ahí podía encontrarla habitualmente. Registró que almorzaba sentada en el mismo lugar, pedía siempre el menú y tomaba sólo agua fresca. A pesar de ser el único restaurant —pequeño y modesto— de la zona, pocos y conocidos eran los parroquianos visitantes.

Algunos boleros —que escuchaba con fervor el anciano que atendía el negocio— inundaban por completo el ámbito del reducido espacio, retumbaban hasta la bóveda del techo y tendían un puente endeble entre los solitarios comensales. Una templanza extraña lo envolvía entonces, y ella, sospechaba, también lo sabía.

La primera oportunidad que se quedó en casa privándose del deporte habitual que hacía con ahínco los fines de semana, tocaron el timbre de la puerta. Era la muchacha. Se quejó de un goteo intermitente de agua que parecía provenir del baño. Le pidió que arreglase el desperfecto, pues hacía más de una semana que la pared se estaba deteriorando. ¿Tendría la amabilidad de bajar y determinar el lugar exacto? El sólo vio vaivenes con las manos, sólo escuchó un alboroto de palabras triviales, quizás en ese momento hubo un pequeño caos donde él supo, él adivinó que todo aquello era una especie de anagrama, una cábala en donde lo real era lo irreal, lo inverosímil, lo vulgar un pretexto inútil para desacreditar a la otra, la que él soñaba; supo entonces, con estupor, mientras asentía al pedido, mientras bajaba al departamento con ella, que nada era improcedente, que ya presentía los hechos ulteriores aún sin conocerlos, que estaba viviendo lo que ya había vivido.

El baño, igual que su propio departamento, comunicaba al dormitorio. Sobre la ducha un infiltrado húmedo había descascarillado el techo, abombándolo, amenazador.

Observó en el cuarto, sobre la mesa de noche, un cenicero repleto de colillas, una botella semivacía de vodka, un lapicero. Sobre la cama, un libro abierto con un párrafo subrayado: era Trópico de Cáncer de Henry Miller —edición bastante corriente— tuvo cuidado en registrar mentalmente la página.

Prometió reparar el desperfecto despidiéndose de la muchacha. Antes de salir, esbozando algunas disculpas insignificantes, divisó un pequeño bar repleto de botellas de cerveza pero todas vacías. Apreció que la sala lucía descuidada. Los cojines caían deslucidos en ángulos extraños, los ceniceros sucios, algunos periódicos en el piso, las sillas eran de paja y los anaqueles estaban atiborrados de libros.

Ya en su departamento, buscó el párrafo de la novela, lo leyó:

> *"Tal vez seamos víctimas de una fatalidad y que no haya esperanza para ninguno de nosotros; pero si es así, exhalemos un último y terrible alarido de agonía, un agudo grito de desafío y de guerra. ¡Basta de lamentaciones, de elegías, de cantos fúnebres¡ Basta ya de biografías, de historias, de bibliotecas y de museos, y dejemos que los muertos entierren a los muertos. Y nosotros, los vivos, vayámonos a bailar al borde del abismo una última danza agonizante; pero que sea una verdadera danza."*

Sin pretenderlo, lentamente, sus ensoñaciones fueron envolviéndolo. La fantaseaba acercándose a él, con aquella mirada desolada, el rostro pétreo, flotando entre sus rizos negros y brumosos. Comenzó a levantarse por las mañanas antes que ella, escuchar la ducha, espiar calladamente sus movimientos, curiosear sus fustanes blancos colgados en el patio, las blusas color carne bordadas con filigranas diminutas encerradas en pequeños canales transparentes, las camisetas de encajes, los vestidos. Divertíase sorprendiéndola en la calle en el retaurant, en la bodega, a veces intencionalmente, otras oportunidades líbradas al azar.

Ella no dejaba de saludarlo con cierta curiosidad inicial que luego se transformó en absoluta indiferencia. De vez en vez él apresaba una mirada furtiva que ella inmediatamente desviaba hundiéndoe en una quietud inexpresiva.

Aquel juego fue adquiriendo una importancia inesperada. Regresó al departamento de la muchacha para confirmar el arreglo del baño, gracias a la buena mediación del portero del edificio.

Le abre la puerta un hombre cuyo rostro le resulta familiar —era el agresor que había abofeteado a la chica—

viste un abrigo largo, azul, al que le faltan botones. Tiene los ojos amarillentos, la barbilla está sin afeitar. Le contesta de mal talante, señala que la muchacha no está.

Lo volvió a ver otras veces. Con el mismo abrigo y la mirada esquiva. Su destino era, invariablemente, el departamento de la vecina. Notó que no usaba llaves, tocaba el timbre antes de entrar. Sabía que era un visitante frecuente, el único.

Una noche, cuando se apaga la última luz que refleja su ventana, lo sacuden del ensueño gritos y ruidos inusuales. Porcelana quebrada, chirridos de muebles, portazos, música en alto volumen que proviene del departamento del segundo piso. Las voces no pueden precisarse.

Luego queda todo a obscuras y se hace silencio.

Súbitamente, la dejó de ver. Las calles aledañas y los paseos matutinos, perdieron atractivo con la ausencia. El restaurant de la calle El Sol quedó desprovisto de interés alguno recobrando su simpleza habitual. Los lugares comunes poco a poco desaparecieron.

Mientras vagaba a través de una calle apenas bañada por el frío metálico de la luna, se encontró con el hombre y la mujer caminando delante de él. Cayeron las llaves de ella. El hombre las pisó. Ella intentó recuperarlas, él las arrojó de una patada, con fuerza, lejos. La muchacha corrió tras ellas y las capturó. Lo vieron. El avanzó como si no hubiese percibido lo acontecido. El hombre lo miró sonriente, sarcástico amenazador.

Otro día los cruza brevemente ante el ascensor. Es un segundo inconexo, fuera del tiempo, en donde presiente que el pasado inmediato ha quedado desprendido, infinitamente, del porvenir. Aquellos ojos femeninos están muertos. Se vuelve rápidamente y los puede ver a los dos, antes que se

cierre la puerta del ascensor, mirándolo, como espectros sombríos con las pupilas heladas.

Sospecha un acto horrible, impío.

Se sumerge en una cavilación. Aquel hombre, aquella mujer, rumían un violento abismo.

Tuvo un irresistible deseo de verla, hablarle, de aproximarse a ella. Pero también supo que no tenía qué decir, que las palabras se extinguirían antes de ser pronunciadas. Cualquier esfuerzo era inútil. Ella tendría que continuar su destino. Y así fue.

Regresaba de una reunión con un grupo de gente de la universidad, cuando creyó ver que el patio de la vecina estaba vacío. Al día siguiente, sobresaltado, preguntó al portero si ella se había mudado. El hombre le contestó que en efecto, había partido. Nunca pudo obtener mayor información.

Cuatro años después, mientras dicta un curso en un instituto en Grenoble, saboreando un Pernod en la rue de la Paix, recuerda, insensiblemente aquella imagen de mujer evanescente. Había creído verla en una esquina empedrada de Nimes, en una ventanilla del tren hacia Rennes, como camarera en un hotel de Dortmund; había sospechado sus espaldas, sus rizos, en una mujer que enceraba pisos en Hesse, ante una cerveza en un pub de Birmingham. La última vez la evocó en las palabras de una de sus alumnas recitando un haiku:

Si una mariposa
cantara
estaría presa en una jaula.

El pensamiento era de Desin, y si su memoria le era leal, había sido escrito en el siglo dieciséis.

LA PREMEDITACION Y EL AZAR

Ah de los mares empujados hasta
el crepúsculo
y despeñados allí para cantar
Ah de los que oyen

Rosella Di Paolo

I

Alvaro Rosas murió a los cincuenta años de edad, en la primavera de 1939, al final de la guerra civil española y en el preludio de la segunda conflagración mundial. De sus últimos días poco se sabe. Un vecino diría más tarde: "Caminaba con la cabeza hundida bajo los hombros rumiando una secreta pena. Enflaqueció y los pómulos dibujaron el rostro fino y alargado, el gesto altivo, la mirada obscura y soslayada". Habitó siempre los portales de la fatigada casa paterna con sus paredes descascarilladas y el polvo entumecido del tiempo. La vieja sirvienta que lo atendiera en sus últimos diez años lo encontró muerto plácidamente sobre la cama, los ojos abiertos, los brazos cruzados sobre el pecho; el cuarto en penumbra y la ropa dispuesta para el día siguiente revelando que era hombre de inevitable rutina.

Luego, en el laberinto de los muebles y cachivaches legados a las monjas de clausura del convento de Santa Ca-

talina —puesto que el señor difunto no dejó más fortuna ni tampoco tuvo hijos ni herederos— fueron encontradas algunas cuartillas blancas en uno de los cajones del escritorio de nogal, la letra inconfundible, menuda y nerviosa: "He salido como lo hago todas las tardes a dar una vuelta por la plaza. He caminado hasta el parque cercano al río. He arrojado piedras negras contra el agua transparente. He visto el juego de un gato con una pelota de trapo abandonada en un lado de la acera. He olido los panes rellenos de mermelada recién horneados en la panadería de Doña Isabel. He saludado a Don Simón Caballero y a su señora. Ella hizo un comentario sobre la artritis que lleva en la rodilla derecha. He regresado por el mismo camino. Hoy, creo, me he cansado más que otros días".

Cuando Don Alvaro llegó a su casa, escribió aquello, se acostó y murió. En toda su vida no tuvo más que un solo episodio extraño e irregular pero que lo libró para siempre de una existencia vulgar. Su destino entonces, sin saberlo, estuvo ligado al de otro hombre a quien —curiosamente— jamás conoció: Diego Balbuena. Aquello ocurre a veces en la vida de los hombres. Desdeñamos las predicciones y creemos en el azar y los hechos fortuitos. Ignoramos las extrañas concatenaciones del tiempo y los inevitables signos que nos anticipan el futuro. Algunos privilegiados son capaces de vislumbrarlos. Quizás, Balbuena era uno de ellos.

II

Sabemos que fue bautizado en la ciudad de Arequipa, un catorce de febrero de 1894 en la iglesia de San Francisco. A los treinta años era un hombre de complexión recia y mirada dura. Sin otro oficio que el de aprendiz de imprenta, había fungido de canillita vendiendo periódicos, mozo de picantería, boletero de tranvía y ahora poseía un

trabajo que aborrecía. Llevaba dentro de sí la paradoja terrible de una lucidez genial y el verse reducido a las escasas oportunidades que le había dado la vida. No hay peor tragedia para aquel hombre que lo presiente, y Diego Balbuena lo sabía. Había conocido la miseria y la orfandad más extremas desde su infancia. Su madre murió una mañana de domingo, víctima de un vómito de sangre, mientras cruzaba la plaza de Santo Tomás. Cayó sentada en una banca, como descansando, pero ya no se levantó más. El chico fue criado por una vecina, madre de cinco hijos y con escasa paciencia para otro ajeno. Los chicotazos y el hambre lo educaron en la desconfianza absoluta y en el rencor ciego hacia el hombre que, siendo su padre, jamás lo había visto ni buscado: Manuel Rosas San Martín, hacendado importante y descendiente de Juan La Torre, fundador y primer alcalde de la ciudad. De él hay un óleo en la municipalidad de Arequipa al lado de José Diez Canseco y un grupo de aliados que defendieron la causa de Orbegoso en 1867. Manuel Rosas, pendenciero y jugador, acumuló deudas y embarazó a algunas muchachas. Entre ellas, a una empleada de la hacienda, Adelina Balbuena. Más tarde la muchacha llegó con el niño de cuatro años a la casa de una parienta que vivía en la carnicería del portal. Allí se instaló brevemente hasta su muerte, ocurrida meses después. Siendo aún adolescente, Balbuena huyó a Lima sin dinero, dispuesto a labrarse un camino lejos de la provincia agobiante, con sus calles apacibles y sus días interminables. Logró conseguir algunos empleos sin hacerse de ninguno respetable; comió y durmió en pensiones las unas buenas, las otras malas, según el estado de su bolsillo y la inquietud de su espíritu, sin que jamás lo abandonara la sospecha heroica de saberse uno entre muchos.

III

El treinta de junio de 1926, Balbuena escucha una conversación a través de un clima de tabaco negro, hombres sudorosos y ebrios de cabello hirsuto. Manuel Rosas ha muerto casi inmediatamente después de vender propiedades y rentas. Se menciona una mina de plata y dividendo insospechados. Los cálculos multiplican fantásticamente las libras de oro. El único heredero es el hijo legítimo de su matrimonio, Alvaro Rosas, hombre delgado, taciturno y enfermizo, de reducida vida social. Aquella noche Balbuena maldijo su destino de pobre y miserable mientras que otro hombre de su misma sangre gozaba los beneficios de la ley y el orden.

IV

Poco tiempo después, el doce de setiembre del mismo año, Diego Balbuena conoció a una tal Sofía Moncada en extrañas circunstancias. La Moncada no pasaba de los veinticcho años. Sin ser atractiva, exhibía cierta dulzura jovial que fácilmente era apagada por cualquier pretexto. No era inteligente ni astuta, pero tenía una cualidad particular: la convicción plena de creer que su destino en este mundo había terminado. Aquello la había llevado a sortear con los ojos abiertos y el ánimo vencido los vaivenes de las calles nocturnas, los frascos de láudano y cloral, los lavados gástricos. Esa noche, como a veces ocurre en forma prodigiosa, los sucesos se encadenan y la realidad sorprende. Los dos desgraciados se encontraron. Ella, apoyada ligeramente sobre la baranda que daba al mar despidiéndose —como lo hacía infinitamente— de la vida. El, fumando la última colilla del día que no quería terminar. El intuyó en la Moncada el desamparo atroz y el esfuerzo inútil del cuerpo precoz-

mente gastado. Entrelazó sospechas. Balbuena en un destello fugaz tuvo una idea extraordinaria: él le dio un propósito en la vida, ella le permitió la fortuna.

V

El 17 de agosto, una Sofía Moncada vestida de negro, con gesto humilde y piadoso, se presenta sorpresivamente ante Alvaro Rosas. El sol serrano baña el patio de piedra colonial y la luz se reproduce mil veces sobre las paredes blanqueadas de sillar y cuajadas de geranios rojos. La mujer aparece espléndida en medio de la estancia triste y condenada bajo los gruesos cortinajes de terciopelo. Ella le revela su origen bastardo. Alvaro Rosas, desconfiado, la escucha. Ella no exige ni pide nada. Quiere cumplir la promesa jurada a la madre muerta y conocer al medio hermano. Los boleros de raso negro que visten su falda rasgan dignamente el aire cuando ella se levanta. Rosas se interpone. Le ofrece, por lo menos, su amistad. En ese instante su destino fue sellado. Balbuena diseña la estrategia. En pocas semanas —el dinero se acaba para los cómplices— la Moncada hace gala de un dramatismo inusitado. Narra una historia desolada y traza el futuro infame de una mujer víctima del abandono y las circunstancias. Durante muchos días y muchas tardes, los hermanos apócrifos se confiesan un pasado desplegado en medio de la curiosidad mutua. Ignoramos si los hechos y las palabras fueron verosímiles para Rosas. En todo caso, el acontecimiento fue trascendental. Aquel hombre solitario y cansado, de cuarenta y siete años, que había vivido guiado por rígidos preceptos y dictámenes morales, que desconocía la admiración y el deseo, descubrió en la ternura no escatimada por la Moncada, pasiones desconocidas. Una noche ambos lloran con las manos entrelazadas y comparten un amor sacrílego que juran perpetuar. En el transcurso de los días, el peso del pecado conmueve

a la Moncada. El destino ha sido infausto para ambos. Ella determina su partida. El infeliz atormentado insiste. En la vorágine de los hechos consumados, en el dolor de la separación definitiva, tres cuartas partes de la herencia, que hacen un total de seis mil doscientas libras de oro, le son entregadas a Sofía Moncada a través de un abogado furtivo. Los amantes prometen escribirse, quizás verse, renovando promesas infinitas.

Durante el resto de su vida, Alvaro Rosas buscó a la hermana desaparecida. Jamás la volvió a encontrar. Finalmente, extenuado por los años y la resignación, bendijo aquella imagen de mujer que desvanecía el tiempo. Tuvo un recuerdo imborrable y un amor prohibido. Sus días tranquilos y vacuos encontraron así el motivo necesario para justificarse. Vivió en la felicidad de otros sin saberlo, o tal vez sí lo supo, y aquél fue, quizás, su único y desgraciado mérito.

LAS VISCICITUDES POSIBLES O IMPOSIBLES

El quince de abril de 1932, Sofía Moncada falleció en Brasil víctima de una variedad maligna de Plasmodium Falciparum. Diego Balbuena se instaló al oeste de Bahía adquiriendo extensas plantaciones de tabaco. Uno de sus descendientes, Antonio Brandao Madeira, llegó a ser gobernador del estado y embajador acreditado en Inglaterra. En 1956, renunció a las labores públicas y se afincó en Chelmsford, muy cerca a Londres. La verde campiña británica y una esposa inglesa, Lady Rutherford, lo siguieron en la quietud de su vejez rodeado de hijos y nietos. Las tardes nubosas de otoño, el té y las galletas de almendra acompañaban el deleite de las tertulias familiares amenizadas por Mr. Brandao, quien con tono solemne no exento de orgullo narraba viejas anécdotas legendarias transmitidas desde

sus más lejanos recuerdos: el pasado de una joven república bañada por el Océano Pacífico. Una ciudad colonial custodiada por un volcán de cumbres nevadas, a quien le diera nombre un Inca conocido como El Melancólico. Calles de piedra blanca y ventanas enrejadas bañadas por un clima del cual dicen los lugareños, está cargado de extrañas señales, de huellas eléctricas desprendidas de las lavas de las montañas que rodean aquellos parajes. Dicen también —recordaba vagamente Mr. Brandao— que esa ciudad de contrastes inevitables y perpetuos, de arrebatos, de cielo azul y de lluvias, debió haber sido la capital del Perú y no esa ciudad amorfa y gris que es Lima, sin entusiasmos ni pasiones, y en donde el clima apático y sus colores opacos mitigan lo siniestro y lo puro, lo bello y lo terrible que tenemos todos los hombres.

INDICE

11 El mensaje

17 La noche de Walpurgis

21 El desayuno

27 Familia

41 Christi nomine invocato

55 Los días y las horas

63 Uno de los trece

67 Como una estrella

77 Londres, septiembre de 1939

79 El siguiente acto

93 La víspera

95 La escena incompleta

101 El canto de la mariposa

109 La premeditación y el azar

LA PREMEDITACION
Y EL AZAR
De Pilar Dughi

Fue compuesto en caracteres Medioeval 10: 12 p. y se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos de la Imprenta LUMEN, Calle de La Pescadería 137, Lima - Perú. consta la edición de 500 ejemplares.

obsedidos y entronizados en su tiempo, este tiempo de luces violentas que es el presente del Perú. Porque este libro de Pilar Dughi se ubica en la más entrañable tradición del relato peruano y en tal sentido es un diálogo con la trayectoria epifánica del género en nuestro país y es, también, un modo de situarse lúcida y honestamente en el arte y en la vida.

LUIS FERNANDO VIDAL

PILAR DUGHI MARTINEZ (Lima, 1956), estudió Letras en la Universidad Católica y Medicina en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
Este es el primer libro de cuentos que publica.

EDITORIAL COLMILLO BLANCO